

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

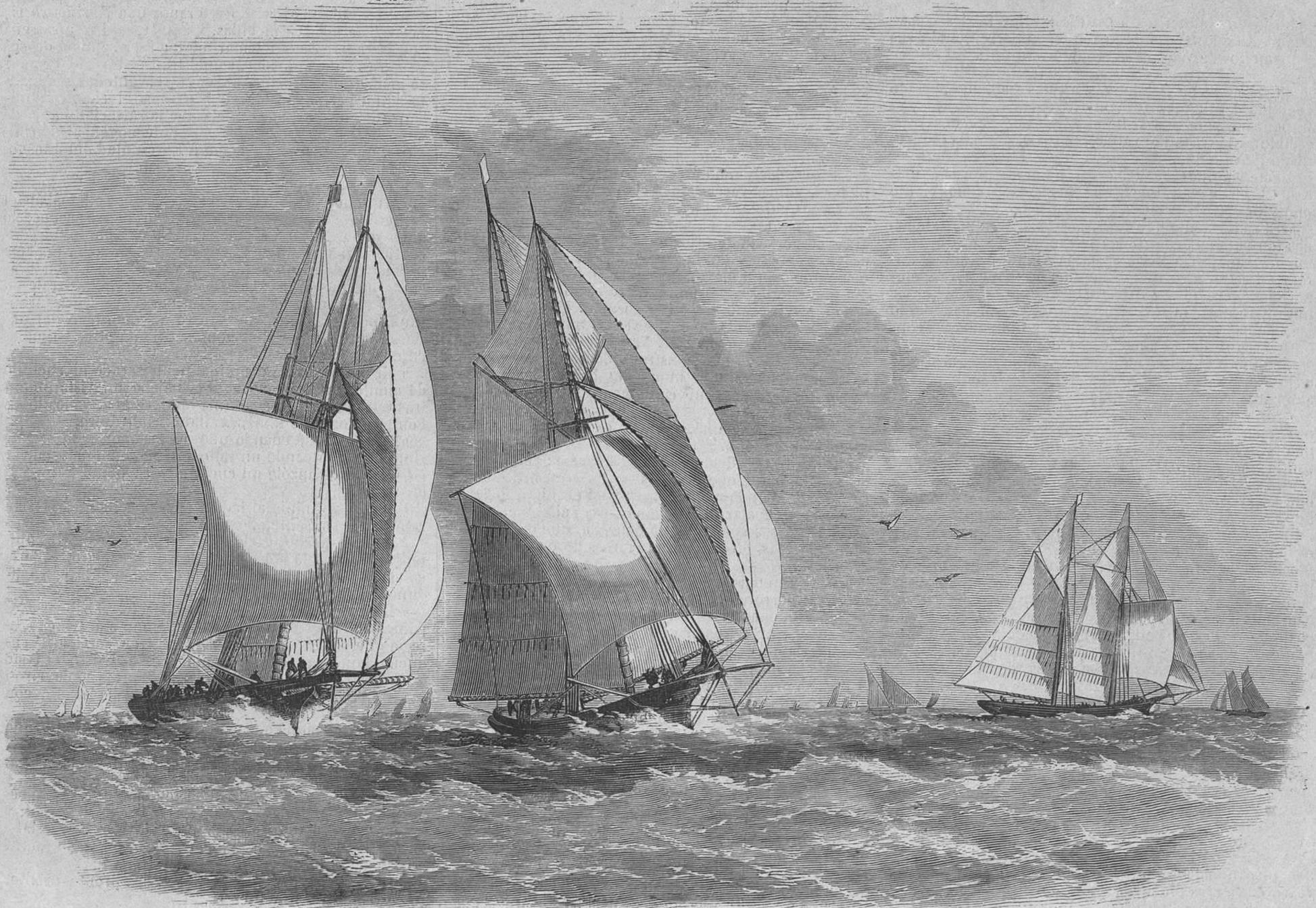
AÑO 26. — N° 733.

## SUMARIO.

La carrera de los yachts americanos; grabado. — Una aventura trágica. — Poesía. — Las excavaciones del patio del

Louvre; grabado. — Bellas-Artes; grabados. — Exposicion universal de 1867; grabado. — Revista de Paris. — La canonizacion de Cristóbal Colon. — Guerra del Paraguay; graba-

dos. — Crichton. — Nuestra Señora de Paris; grabados. — La Marquesa de Pinares. — Problemas de ajedrez; grabado. — Modas de Paris: Los trajes bretones; grabado.



Carrera de tres yachts americanos á través del Atlántico. — Su aspecto en la mar á su salida.

### La carrera de los yachts americanos.

La América es el país de las cosas extraordinarias. Después de los cañones y las máquinas enormes, después de los *Merrims* y los *Monitores*, después de los desafíos á cañonazos, hé aquí las carreras al través del Atlántico.

Tres yachts, ponderados como tipos de buena construcción y de rapidez, acaban de concurrir y de disputarse una apuesta muy elevada, destinada al que primero llegase de Nueva York al puerto de Cowes en Inglaterra.

Estos tres yachts son la *Henrietta*, la *Vesta* y el *Fletwing*. La salida tuvo lugar el 10 de diciembre de la punta de Sandy-Hook, en medio de las mas entusiastas demostraciones. Toda una flota de barcos de vapor cargada de músicos y de espectadores acompañaba á las tres goletas, y un cutter de la aduana saludaba la marcha á cañonazos.

Los tres yachts bogaron juntos durante algunas horas; pero una vez que se encontraron en pleno Océano, cada capitán eligió su línea. El *Fletwing* y la *Vesta* tiraron hácia el Norte, y la *Henrietta* se mantuvo en las aguas que siguen por lo comun los steamers europeos.

Pero la carrera fué peligrosísima. Las ventoleras, la nieve, las tormentas entorpecieron sucesivamente la marcha de los tres competidores. Uno de los yachts perdió seis hombres que en vano buscó durante cuatro horas.

La *Henrietta* que pertenece á M. Bennett, el hijo del rico propietario del *New-Yor Herald*, llevaba á su bordo á un corresponsal del *Times*, quien ha escrito una conmovedora relacion de esta lucha. M. Bennet estaba en su yacht con el capitán Samuel, hombre de fama por sus numerosos viajes al través del Atlántico.

El 25 de diciembre por la mañana, la *Henrietta* doblaba el cabo de Lizard; á las doce y cuarenta minutos el piloto Cowes entraba á bordo, y á poco rato fondeaba en el puerto, después de haber cumplido su peligroso viaje en 13 dias, 22 horas y 46 minutos.

H. V.

### Una aventura trágica.

Un joven alemán, para manifestar las fatales consecuencias de los viajes de noche en su tierra, contó á sus compañeros de viaje la siguiente aventura:

« Estábamos en Bohemia, y apenas habíamos pasado la mitad del tiempo que nuestros padres nos habían franqueado para una visita al palacio de madama V\*\*\*, recibimos la triste nueva de que mi padre había enfermado gravemente.

» Este viaje tenía además el objeto de llevar á madama V\*\*\*, su hijo único, que había sido condiscípulo mio y de mi hermano.

» El sentimiento que cabía á esta señora por alejarnos tan presto, y sobre todo por tener que separarse de mi hermana, de aquella apacible Aninia, á quien miraba ya como á su nuera, no fué bastante para detenernos. Acordamos partir sin demora, y hasta seguir nuestro viaje de noche, con tanta mas razon por cuanto había dejado de nevar, hacia luna, y teníamos un conductor seguro en el anciano cazador de mi padre.

» Subimos al trineo embozados con pieles y abastecidos de provisiones, y Leon se viniera con nosotros, si el amor materno no le embargara.

» Antes de la noche llegamos á la grande selva que nos separaba de la casa paterna, y que se extiende á una gran distancia hácia la Lituania para entroncarse con los bosques interminables de aquel país.

» El camino que seguíamos era bastante ancho, para que los árboles no estorbaran la claridad de la luna llena; pero los muchos ventisqueros dificultaban el camino y contrastaban nuestra priesa, cansando en extremo á nuestros caballos.

» Reinaba un gran silencio entre nosotros, que solo interrumpia el trote de los caballos y el ronquido de la doncella dormida. Mi cavilacion se vinculaba en mi padre enfermo, y no podia ocultarme que á su avanzada edad podia estar en peligro, el cual seguía ciertamente, pues que sin él no nos hubiera llamado antes del tiempo señalado para nuestra vuelta á casa de la madre de Leon.

» Aninia no se sentía inclinada por su parte á romper el silencio. Embargaban su alma dos afectos, pues nos acercábamos siempre mas al objeto de su amor filial, al paso que nos alejábamos mas y mas de quien la tenía prendada.

» Era ya cerca de media noche, y nada de particular nos había sobrevenido, cuando de repente manifestaron nuestros caballos un sobresalto desusado; resollaban con trabajo, y empezaban á avivar mas y mas el paso, sin que las palabras ni el látigo se lo indicasen. Eran aquellos animales veteranos en casa, y solo alguna novedad extraña podia atropellarlos; menudeaban sus recelos y cabezadas, y un impulso nuevo los estaba al parecer aguijando.

» Muy pronto sus saltos fueron mas disparatados, y

Rosko, nuestro conductor, tuvo que acudir al escarmiento, á que obedecieron con indecible repugnancia.

» Estaba Aninia embargada en su cavilacion; mas conociendo yo de tantos años á mis caballos, me sentí en extremo conmovido y como enterado de algun acaecimiento extraordinario.

» Entonces fué cuando el anciano Rosko se mostró poseído de un cuidado sumo; miró repetidas veces detrás de sí, escuchando con gran atencion, y de repente soltó las riendas á los caballos, que pudieron entonces seguir su instinto, y al punto corrieron á galope.

» Estaba yo sentado hácia la delantera del trineo, y volviéndome un poco, acerqué los labios al oído de nuestro cochero.

» — ¿Qué teneis Rosko? le dije en voz baja para que Aninia no lo oyese; parece estais asustado y que os alcanza el sobresalto de los caballos, novedad para mí incomprendible.

» Recapacité un rato el abuelo, y luego me apuntó al oído:

» — Temo que los lobos sigan nuestras huellas; por cuanto la crudeza los ha desemboscado, el hambre nos los acarrea, y estamos perdidos, si no nos salva la diligencia de nuestros caballos.

» He presenciado muertes horrorosísimas; pero ni el estruendo de las batallas ni las barredoras baterías me estremecieron como estas palabras: Mi primer pensamiento se clavó en Aninia; ya me figuraba estar viendo despedazados sus primos miembros por aquellos monstruos. Muchas veces había oído hablar de la tenacidad y rapidez con que los lobos persiguen su presa. Si nuestros caballos no desfallecían, estábamos en salvo; pero mi imaginacion se representaba con mas certeza que la perseverancia de los lobos postraría sus fuerzas, y que nosotros seríamos sus víctimas.

» Tenía un cuchillo de monte, una carabina y dos pistolas: pero mi provision de pólvora y de perdigones era escasa, y solo podia servir para derribar á algunos de nuestros perseguidores, cuya costumbre es redoblar á cientos sus embestidas nocturnas.

» Entre tanto el anciano seguía aguijando mas y mas á los caballos; pero no había necesidad de esto, porque el instinto natural de estos animales les dió alas sin el aviso nuestro.

» Yo estaba clavando de continuo la vista hácia atrás, y escuchando en el silencio de la noche el mas leve rumor que me anunciase nuestro paradero. Rosko tenía el oído y la vista mas finos que yo, y me dijo de repente:

» — ¡Ya vienen! ¡ya vienen! ¿No oís el estrépito y los aullidos? Aquel punto oscuro que se adelanta allí es un rebaño de mas de ciento.

» En aquel momento reconocí lo que la penetrante vista de Rosko había descubierto primero. Una mole descomunal se movía disparadamente cual sombra y se iba acercando mas y mas; me parecía ir volando por encima de la llanura de nieve, y no podíamos dar razon de su camino, y sin embargo se adelantaba de tal modo que amenazaba alcanzar y aun adelantar á nuestros caballos, cuyas fuerzas empezaban á flaquear.

» Horrendos y montaraces alaridos atronaban las tinieblas, y unas veces se parecían á un gruñido, otras á los sordos y dolorosos ayes de un hombre en peligro.

» Aninia aun no sabía nada; y todo lo sucedido no pudo despertarla de los sueños que hacia acerca de los próximos sucesos en la casa paterna, y acerca de los mas remotos, en los que sobresalía la estampa de su querido Leon. Mas tarde me ha referido muchas veces lo que pasaba entonces en su corazón. Yo no podía dejarla por mas tiempo en esta venturosa ignorancia del peligro que nos amenazaba. Ya se deslindaban las manadas diversas de los monstruos devoradores; muchos se adelantaban ya á la muchedumbre y se acercaban hasta el alcance de mi carabina. Tomé el arma y la apunté al primero:

» — Bájate, exclamé, y Aninia se despertó como de un profundo sueño.

» Me miró en ademán de preguntarme; pero desconfió en mi semblante que no era trance de explicaciones, y bajó maquinalmente la cabeza y el pecho, é hiriendo al mayor y capataz de los demás, cayó al golpe. La explosion había despertado á la doncella, que daba agudísimos alaridos, creyendo que éramos acometidos de ladrones.

» — No son mas que lobos, dijo el viejo Rosko con una frescura horrorosa, que se comen al que acaba de caer. Ya estamos desembarazados de un enemigo: pero hay mas de un centenar que serán nuestros compañeros de viaje hasta que...

» No continuó, no queriendo dar á conocer á las mujeres lo horroroso de nuestra situacion.

» Alentados los caballos por el carabinazo, se abalanzaron con nuevo esfuerzo, mientras que los lobos se pararon al rededor del cadáver.

» — Esto no los detendrá mucho tiempo, murmuró Rosko; pues los conozco, en breve nos vendrán detrás, y nuestros caballos desfallecerán.

» Entonces tuve ocasion de admirar la fuerza de alma de Aninia, pues tomó á su cargo la doncella, y consolándola consiguió que se resignase, y sobre todo que confiase en aquel cuya sola voluntad puede amansar á las fieras. Se postró de rodillas en el fondo del trineo, lo mismo que la doncella; mas esta no tuvo serenidad para rezar, y la infeliz volvía á exhalar sus alaridos y sus lamentos maldiciendo el desdichado viaje. Los rayos de la luna alumbraban como un reflejo el

hermoso rostro de Aninia. Con las manos juntas rezaba á media voz con la mas cabal resignacion, sin que su espíritu pareciese estar turbado. Este cuadro me alentó y me dió alguna esperanza, y volví á cargar la carabina que tenía á mi lado, mientras que los caballos hicieron cuanto pudieron para escapar á sus sanguinarios perseguidores. En el mismo momento volvimos á oír el ruido de su marcha, y luego columbré algunos de los monstruos que llevaban la delantera á la tropa, encarando contra nosotros sus quijadas chorreando sangre.

» El segundo tiro volcó al mas arrojado, y esperaba volver á ganar tiempo; esperaba que favorecidos con el alto repetido de aquellas fieras cerca de los cadáveres, podríamos alcanzar los linderos de la selva ó alguna habitacion.

» Mas ¡ay! ¡cuán infundados eran mis cálculos! Esta vez, en pocos instantes devoraron á su camarada, y apenas había tenido tiempo para volver á cargar, cuando ya estaban detrás de nosotros.

» — De nada sirve todo esto, me dijo Rosko; porque pronto se tumbarán los caballos y estaremos perdidos.

» En efecto, ya se notaba un decaimiento en los conatos de los pobres animales. Empezaron á jadear y á correr con desigualdad; hicieron todo cuanto estaba en sus alcances, porque sabían que solo la gran priesa podía salvarles; mas sus fuerzas se iban mas y mas apurando. Varias veces se habían ya echado el uno tras el otro, y entonces solo se levantaban por un esfuerzo desesperado. Nos encontramos en un horroroso conflicto. Yo temblaba, no por mi vida, sino por la de Aninia; derribé algunos mas de aquellos monstruos; pero ya nada podía detenerlos en su carrera; ya estaban sobre nosotros; sus aullidos se oyeron mejor; yo pude divisar sus bocas sangrientas, sus colmillazos, sus quizadas colgantes y manchadas de sangre y sus ojos centellantes.

» Y ¡qué innumerable tropel!... Ya se me había acabado la pólvora; no tenía mas armas para defenderme contra las fieras que mis dos pistolas, que aun estaban cargadas, mi cuchillo de monte y mi carabina. Todo esto lo había notado Rosko.

» — Aun nos queda una esperanza, dijo: me acuerdo haber visto al venir una choza de cazadores abandonada, y si pudiésemos lograr alcanzarla, estamos salvos momentáneamente; sin esto, los lobos nos hacen pedazos y sacian con nuestros cadáveres su hambre devoradora.

» — Señor, continuó con voz trémula, si llega este caso, entonces, porque aun teneis vuestras pistolas cargadas, entonces sed caritativo, y dad á nuestra querida señorita una pronta muerte, para que no tenga que sufrir otra pausada y cruel bajo los dientes de los lobos.

» Miré atónito al criado veterano; una lágrima corria por sus arrugadas mejillas, y aun me hizo una seña con la cabeza para afirmar el terrible sentido de sus palabras. Nunca olvidaré aquel trance. Un frio helador se apoderó de mí; miré el suave y encantador semblante de mi hermana, y levanté los ojos al cielo con desesperacion, pues me parecía que la salvacion había de bajar del emperio sobre aquel ente angelical y religioso, que, en su resignacion á la voluntad del Eterno, olvidaba cuantos peligros le rodeaban.

» De golpe vimos aparecer por los lados á nuestros encarnizados enemigos; observé cómo olfateaban el contenido del trineo, cómo procuraban reconocerlo antes de atravesarse á acometerlo. En este punto me conceptué desahuciado de Dios y de su presencia. Cogí la pistola con la mano izquierda, y con una mirada incierta busqué en la cabeza de mi hermana el paraje en que la muerte la alcanzase con mas seguridad y prontitud, pues me figuré que era yo un monstruo del desierto destinado á quitar aquella presa á otros animales de mi especie.

» Mi diestra había maquinalmente sacado el cuchillo de monte; un baño de sangre cuajaba mi vista, mientras estaba mirando á Aninia que rezaba, y los lobos hambrientos y las inmensas llanuras de nieve.

» Entonces fué cuando uno de los monstruos se arrojó al trineo dando un salto terrible como para entrar en él; mas alcanzólo mi cuchillo y cayó moribundo al otro lado.

Desmayóse Aninia al lado de la doncella que estaba, rato hacia, sin sentido.

» — Bien hecho, exclamó el tio Rosko con voz animosa; ahorrad la pólvora, ¡valeos del cuchillo y de la culata del fusil! ¡Ya veo la choza! Sostened la pelea algunos momentos mas, y nos salvamos.

» Rosko zurriagó sin misericordia á los caballos, y los pobres animales dieron un nuevo empuje al trineo; parecía que estaban haciendo el postrer servicio á sus dueños con pleno conocimiento, y así echaban el resto de todos sus bríos. Entre tanto puse la pistola en el bolsillo de delante de mi vestido, y estaba en pié con la culata levantada.

» ¿Fué esta posicion amenazadora la que produjo una inesperada impresion en nuestros perseguidores, ó la disparada carrera de nuestros caballos? El hecho es que se quedaron á una corta distancia detrás de nosotros, y ganamos una delantera que, si bien cortísima, era inestimable en nuestra situacion. Miré al rededor de mí, y muy cerca de nosotros vi la choza cuya puerta estaba abierta. Rosko dió gritos de alegría, parando con fuerza los caballos, y bajando del pescante, dijo:

» — ¡Ya estamos, ya estamos! Ahora pronto, pronto, no perdamos un instante.

» Ya Aninia había dejado el trineo con mucha serenidad y se había refugiado en la choza. Rosko la siguió

con la doncella en los brazos, siempre desmayada; yo fui el último. Al entrar, el veterano me arrebató á viva fuerza y atropelladamente la carabina, y volvió á salir prontamente. Yo me quedé embobado, y siguiéndole con la vista, vi que volvían á parecer los lobos en número infinito, y que en un momento estarían á nuestro lado. Llamé á Rosko rogándole que no se expusiera; pero su obra estaba ya hecha. Con dos latigazos había hecho marchar á los caballos á galope, y volvía en el mismo momento en que dos sanguinarios monstruos se abalanzaban hácia la cabaña. Dió muerte á ambos con la culata, y entrando, cerró sobre nosotros con cerrojos la fuerte puerta de roble de la choza. En vano intentaría yo rasgurar los impulsos que latían en mi pecho; muchos años han mediado ya; muchos sucesos lo han embargado lastimoso y duraderamente; pero nada se parece á lo que experimenté en aquel momento. Rebo-saba de alborozo purísimo al ver á mi hermana fuera de peligro, y al mismo tiempo me conceptué reo de haber dudado del poder y de la grandeza de Dios; me sentía agradecido, y con todo era indigno de su gracia. Me sentía enternecido del mas profundo arrepentimiento, y no me atrevía á hablar á Aninia, que nunca había desconfiado de Dios, y que ahora le estaba encaminando con voz entera su accion de gracias. El estruendo de los lobos contra la puerta bien cerrada me apeó por fin de estas reflexiones. Procuré despejarme y juntar mis oraciones con las de mi hermana, lo que me surtió tanto efecto, que luego me serené hasta el punto de esperar que Dios me perdonaría la desconfianza que aquel terrible peligro había producido en mí.

» Cuando Rosko había hecho partir los caballos, único medio de salvarlos quizá, había tenido la prevision de quitar el farol encendido del trineo y de traerlo á la choza hospitalaria. Mientras que los aullidos de los lobos se dejaban oír, mientras que saltaban contra la puerta y procuraban encaramarse contra las ventanas, que estaban provistas de fuertes postigos, examinábamos nosotros el interior de la choza y los objetos que nos rodeaban.

» Solo vimos parades desnudas de tierra gredosa: un banco de tierra se extendía á lo largo de una de estas paredes, y en un rincon se encontraba un poco de paja medio podrida; pero á su lado había un tesoro inestimable, que era una porcion de leña bastante para preservarnos durante veinte y cuatro horas de un frio helador. El criado viejo no perdió un momento para servirse de ella, y muy pronto un fuego halagüeño ardía en medio de la choza. El humo subía hácia el cielo raso y se perdía por una de aquellas aberturas del techo que regularmente se hacen en las chozas de los cazadores. Ahora respiraba mas libremente, y miraba ya con sosiego á mi idolatrada hermana, que estaba sentada en el banco, dedicada á reanimar á la doncella, que Rosko había tendido allí. Algunas gotas de una bebida espirituosa la hicieron al fin volver en sí, y nos reunimos al rededor de la lumbre, cuyo calor vivificante surtió sumo efecto sobre todos nosotros.

» Mientras oíamos á nuestros enemigos, nos congratábamos de estar en salvo. Libre la doncella del paroxismo de pavor, empezó á contarnos con una volubilidad indecible cuánto había estado padeciendo, y cómo á cada instante había temido ver saltar en el trineo á uno de los furiosos animales para engullirnos á todos; esta era su expresion.

» Yo estrechaba la mano de Aninia; encontráronse nuestras miradas, y leimos en ellas el gozo por nuestra conversacion.

» Solo el anciano Rosko aparecía empedernido con la fineza que el cielo nos había concedido. Volvia tristísimas miradas á las llamas vacilantes; su frente estaba ceñuda, y de cuando en cuando sacudia la cabeza. No hice alto en esto, porque me hallaba dichoso. De repente oímos exhalar un alarido penetrante en la parte de afuera, y nos miramos todos con ansia; la pujanza del grito manifestó que no era voz humana que lo había dado; yo no conocía ningun animal á quien fuese propia. Luego cesó, mas el horroroso alarido que encerraba retumbó aun por mucho tiempo en nuestros corazones. Rosko dijo entonces:

» — Ese terrible grito nos participa, señor, la muerte de vuestro caballo predilecto; muchas veces oí aquel grito en el campo de batalla, y solo es propio de caballos jóvenes y fuertes que pelean hasta los últimos momentos con esfuerzos inauditos contra la muerte; apuesto que la yegua ha padecido menos; pero lo cierto es que las pobres bestias han sido pasto de los lobos, que aun están cebados en ellas, y nos dejan así un instante de reposo; pero luego volverán mas hambrientos y mas sanguinarios que antes.

» El antiguo criado decia la verdad; volvieron á empezar sus ataques contra la choza, y aun pudimos reconocer que se había aumentado su furor, pues probaron de encaramarse por lo largo de las paredes para llegar al techo.

» Estábamos padeciendo una espantosa zozobra, con los ojos fijos en la abertura del techo. En aquel instante cayó la doncella sin conocimiento, señalándonos con el dedo aquella abertura.

» Nuestras miradas encontraron en él una terrible aparicion; cuatro cabezas de lobo, con sus bocas aun espumantes de sangre. Al través del humo parecían aquellas espantosas cabezas demonios del infierno, monstruos fabulosos. Solo Rosko conservó su presencia de ánimo, echó un fogote en la llama; y dijo:

» — Nada hay que temer de estos, pues tienen miedo al fuego, que cegándolos les estorba el vernos.

» Pero de repente se dejó oír un estruendo espantoso,

y tres de los monstruos desaparecieron en el momento en que parte del techo, que era de madera, se había roto debajo del cuarto, que cayó en medio del fuego.

» — Retiraos, exclamó el viejo Rosko. Tirad, me dijo á mí, pero que el golpe sea certero.

» El tomó el fusil. El animal daba gritos horribos; yo tiré, y en el mismo momento lo acabó de matar Rosko de un culatazo. Lo retiramos del fuego en que su sangre había producido un humo espeso y hediondo, y lo llevamos á un rincon. Rosko me dijo:

» — Este es probablemente el único ensayo de este género que tendremos que temer en el discurso de esta noche; pero el día, añadió, el día nos conducirá mas de estos huéspedes de los que podremos matar.

» Solo yo oí estas palabras. Le pregunté en voz baja qué temor podía haber de día, teniendo la esperanza de que con el alba los lobos abandonarían nuestra guarida para reemboscarse.

» Aun cuando así fuese, respondió desconsoladamente: de qué nos serviría? Habiendo muerto los caballos, ¿cómo podrá alcanzar á pié el confin de la selva una criatura tan débil como la señorita Aninia? La noche nos volverá á sorprender, y los lobos sabrán muy bien volvernos á encontrar; mas aun esta esperanza es enteramente vana. Donde quiera que los lobos se juntan en tan gran número, ya no temen la claridad del día.

» Mientras nos dure la provision de leña, el fuego nos preservará de un ataque por arriba; con todo, de día la llama no les causa tanto pavor. Es preciso que reunamos todo nuestro valor, todas nuestras fuerzas para los próximos sucesos, para defender á las mujeres y nuestras vidas hasta el último momento. Pero de nada servirá todo esto, añadió con voz apagada.

» Mi única esperanza, fundada en el amanecer, quedaba pues desvanecida, y ahora me parecía cierto nuestro exterminio, y así es que la amargura de la desesperacion se apoderó de mi alma.

» Temeroso de que Aninia viese mi turbacion, y deseoso de que conservase cuanto pudiese la poca tranquilidad que le quedaba, me acerqué á ella. Las horas pasaban con lentitud y con ansia. Aninia se había dormido, y descansaba como un ángel de paz, como un niño que no conoce los peligros que le rodean; se sonreía dormida, lo que me traspasaba el corazón.

» Siguió el viejo Rosko conservando el fuego calladamente; y había tenido razon, ninguno de aquellos animales se dejó ver en la abertura del techo; pero sus arañazos contra la puerta, sus estruendos, sus aullidos continuaron toda la noche.

» Antes que Rosko me hubiese comunicado sus observaciones, todos mis votos llamaban al día; ahora deseaba que la noche fuese eterna. ¡Insensatos anhelos del hombre! qué íbamos á lograr con esto, sino la pausada muerte del hambre, en vez de la que nos estaba reservada por la boca de los lobos.

» Las estrellas empezaban á enmarañarse, y rayó el temido día.

» Ya se acercaba el momento en que habían de cumplirse las predicciones de Rosko. Alentados los monstruos por el día, se encaramaron hasta veinte sobre el techo, que estaba á pique de aplastarse bajo su peso.

» Aninia dormía siempre; por lo que daba gracias á Dios. En este apuro, cuando ya parecía perdida toda esperanza de salvacion, oímos partir mas de cincuenta fusilazos, y gritos de caza y ladridos de perros hirieron nuestros oídos. Al oír esto, se levantaron las mujeres, y nuestros perseguidores se descolgaron del techo y se alejaron dando espantosos aullidos.

» Rosko abrió la puerta con precaucion y exclamó al punto:

» — Los lobos ya están lejos de aquí, y ved ahí los cazadores que salen de la selva.

» Nos disparamos hácia la puerta. ¡Se nos restituía la libertad, y con ella el goce de la tierra y la magnificencia de aquel sitio! La fuente de la vida se renovaba en nosotros al respirar aquel ambiente delicioso.

» Entonces vimos comparecer á nuestro libertador al frente de muchos cazadores: era Leon de V\*\*\*. ¿Quién podría describir aquel momento? Yo estaba fuera de mí, embriagado de goza, pues veía sana y salva y á mi lado á mi adorada hermana, dotada con todos los embellecos de la mocedad y de la virtud. Tendió ella con dulce sonrisa la mano á Leon, que la apretó contra sus labios. Mientras que sus compañeros perseguían á los lobos, le participamos todo cuanto habíamos padecido, y él nos contó cómo había venido de intento á socorrernos.

» Había cundido la noticia en el palacio de su madre de que un rebaño de lobos, bajados de las inmensas selvas de la Lituania, ocupaba la que nosotros habíamos de atravesar; que ya habían sucedido muchas desgracias y que los habitantes de los alrededores se habían reunido para darles caza. Sobresaltóse sobremanera; juntó al punto todos los hombres en estado de llevar armas, y partió en el momento en que otros hacendados llegaban con sus aldeanos. Es cierto que estos no contaban salir para esta caza hasta el día siguiente; pero nada pudo detener á Leon; su elocuencia, al describir nuestros peligros presumibles, los venció á ellos y desvaneció la zozobra de su madre.

» Así, queridos amigos míos, continuó, cómo he tenido la dicha de contribuir á vuestra salvacion. »

M. DE F.

## Poesia.

### EL BOMBOTERO.

IMITACION DE «EL PIRATA» DE ESPRONCEDA.

Descuidado bombotero  
En su barquilla vogando,  
Va su vida descantando  
Sin temer la tempestad.  
Su voz sonora y rotunda  
La dilata el recio viento,  
Y se pierde su contento  
Entre las olas del mar.

Vuela, vuela, mi barquilla,  
Sin espanto,  
Que está muy lejos la orilla  
Y la tempestad tremenda  
Prueba que su furia encienda  
Contra tí, y me cause llanto.  
Si peñascos  
Son mi cuna,  
Mi fortuna,  
Mi penar,  
Los relámpagos  
Son mi vida,  
Impélida  
Por el mar.

« Huyamos, ligera barca,  
De los vientos al furor,  
Recuerda la blanca arena  
Do tu quilla se enterró. »

Burlemos al huracan  
En el puerto,  
Que las calmas volverán  
Con sus galas y sus brisas,  
Que el mar que ahora divisas  
¡Es un abismo, un desierto!...

Decidido  
Yo navego,  
Que amo ciego  
A ese mar:  
El trabajo  
Es mi gloria  
Y la historia  
De mi afán.

« Huyamos, ligera barca,  
De los vientos al furor,  
Recuerda la blanca arena  
Do tu quilla se enterró. »

No huyamos, mi voladora,  
No: jamás;  
Si la tormenta traidora  
A combatirnos se entrega,  
El bombotero navega  
Sin temer la tempestad.

Pues los truenos  
Son mi encanto,  
Nunca llanto  
Derramé  
Al ver rayos  
Desde el cielo  
Hasta el suelo  
Descender.

« No huyamos, ligera barca,  
De los vientos al furor,  
Que es mengua de un bombotero  
Tener al viento temor. »

Cesó la cruda tormenta,  
Mi barquilla,  
Y su destruccion sangrienta...  
¿No miras en lontananza  
El rayo de la esperanza  
Cuán brillo y luciente brilla?

Vuela, vuela,  
Mi velera,  
Mas ligera  
Que un vapor:  
Cesó el viento,  
Y los mares  
Son tus lares  
Y mi amor.

Vuela sin temor ni miedo  
A la cruda tempestad,  
Pues la barca de un marino  
Nunca teme al huracan.

JUAN JOSÉ I. RODRIGUEZ.

### Las excavaciones del patio del Louvre.

La administracion municipal de Paris que tanto ha destruido, ha echado de ver recientemente, que quizás habria algo digno de conservarse, aun cuando solo fuese en recuerdo, y que todo el pasado que desaparecía, tenia su historia.

De este pensamiento laudable han nacido una *Historia general de Paris* y un Museo municipal, que dará abrigo á todos los restos del antiguo Paris, en el hotel Carnavalet, adornado por Juan Goujon.

Entre tanto la Historia en cuestion acaba de revelarse por dos magníficos tomos consagrados á la topografía histórica del antiguo Paris, hecha con una paciencia á toda prueba por M. A. Berty, preparado hace largo tiempo á semejantes obras.

El primero de estos dos volúmenes trata de la topo-

grafía de la region del Louvre y de Tullerías, ilustrada con una multitud de grabados copiados de planos antiguos, cuadros, estampas, tapices y cuantas antigüedades de este género han podido encontrarse.

Entre estos planos se cuenta el del antiguo Louvre, cuyo recinto se dibuja en negro sobre las tintas grises que indican el nuevo Louvre, y para comprobar la exactitud de este plano, se han emprendido las excavaciones. Lástima es que esto último no se haya hecho antes de publicarse la topografía, pues si estas obras han justificado las previsiones del autor en cuanto al contorno exterior de la antigua fortaleza de los reyes de Francia, en cambio han modificado completamente todo lo que se creía acerca de la disposición interior del patio, donde se elevaba el grueso torreón. Sobre este punto habrá que hacer enmiendas en el plano ya publicado.

En todos tiempos los reyes de Francia quisieron que su morada en París estuviese al abrigo de una población algo turbulenta. Habiendo bajado del palacio de las Termas, donde edificó Clodoveo su residencia, la majestad pasó á la fortaleza de la cité que Felipe-Augusto encontró muy rodeada de habitantes; por lo cual elevó fuera del recinto que acababa de construir un palacio-fortaleza que dominaba toda la ciudad mientras parecía defenderla, y que en comunicacion con ella por la puerta abierta al través de la tapia de recinto, tenía salida al rio y á los campos.

Como todas las fortalezas de la edad media, el Lou-

vre de Felipe-Augusto se componia de un gran recinto que protegían hacia el campo unos corrales, donde se hallaban los establos y la *artillería*, artillería sin pólvora; pero con la cual rechazaban los sitios. Detrás estaban la casa del amo, los cuarteles, los almacenes, etc., protegidos por un recinto mas sólido; y por último, otra fortaleza dentro de la primera, constituía el torreón que podía quedar completamente aislado. A veces este torreón estaba fuera, dominando desde un cerro y prote-

gido en su parte accesible por todas las fortificaciones de la plaza; pero en el Louvre, situado á pié llano, se levantaba en medio del patio formado por el recinto, y en el cual habia torres donde estaban repartidas las habitaciones. Aislado en este patio, le rodeaba un foso que habia que atravesar por medio de un puente levadizo. Su muro se ve trazado á la derecha de nuestro dibujo, hundiendo á muchos metros en las excavaciones destinadas á encontrar el fondo del antiguo foso, sus revestimientos de hermosas piedras, intactas todavía.

De este torreón, construido en 1202 por Felipe Augusto, no queda mas que el macizo de sus subestructuras, con un pozo circular y un foso cuadrado, y luego algunas piedras de su pared del Sur, donde estaba el puente levadizo.

El grueso torreón del Louvre se hallaba casi en el centro del cuadro de asfalto que cubre la parte sudoeste del patio del Louvre.

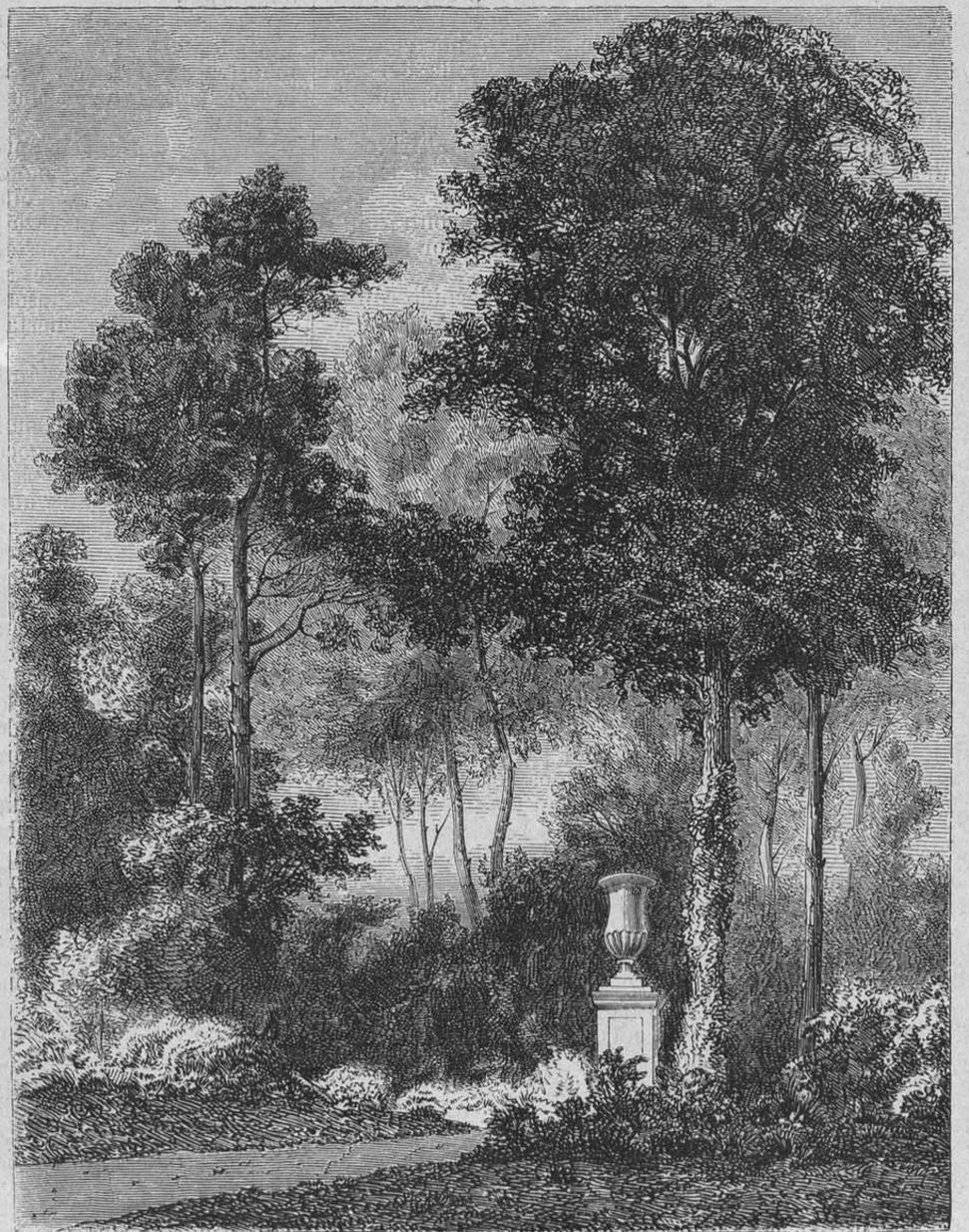
El recinto reconocido sube del Norte al Sur, prolongando la calzada que reúne el postigo (guichet) del muelle



Excavaciones en el patio del Louvre. — Restos de las construcciones antiguas.



La Caridad, cuadro por M. Bonvin.



Un parque, estudio por M. A. Moreau.

una poterna abierta sobre los jardines.

En cuanto á la célebre torre en donde Carlos V mandó establecer la librería, y que flanqueaba el ángulo del recinto al noroeste, sus subrucciones están debajo de una parte del pabellon del Reló, hácia el Carrousel.

La vista en las excavaciones ejecutadas bajo la direccion de M. A. V. Vacquer, tomada al pié de este pabellon, pero en el patio del Louvre, muestra desde luego un pedazo del viejo torreón; y á la izquierda las subrucciones interiores del recinto del Norte, en las cuales sobresalen dos contrafuertes y una torre de construcción bastante descuidada.

Pero ¿cuál fué el destino de los dos estribos octógonos, cuya base se distingue en los dos contrafuertes que salen de las excavaciones á la izquierda de nuestro dibujo? ¿Sostenían una escalera exterior á lo largo del muro? Esto solo se sabrá cuando M. A. Berty haya estudiado detenidamente las excavaciones.

Lo cierto es que las partes encontradas del recinto se acercan mucho al torreón y le envuelven con sus construcciones redondeadas en curva al interior, en vez de seguir líneas rectas paralelas á su revestimiento exterior; de tal manera, que apenas se ve lo que podía quedar de este patio del Louvre fuera del foso que rodeaba el torreón central.

Así, esta morada, no obstante las restauraciones y ensanches que hizo en ella Carlos V, no debía ser muy cómoda de habitar.

Ahora ya no quedan señales de estas excavaciones que durante cierto tiempo han interesado á todos los aficionados á tales antigüedades. La tierra y el asfalto han vuelto á cubrir estos vestigios vivos del antiguo castillo del Louvre. ¿No sería posible conservar su recuerdo de otro modo que en la nueva edicion de la *Topografía* de M. A. Berty? A. D.

**Bellas-Artes.**

*La Caridad*, cuadro por M. Bonvin.  
— *Un Parque*, estudio por M. A. Moreau.

Hé aquí dos cuadros interesantes que se recomiendan tanto por el asunto, como por el mérito de su ejecución. El primero, titulado *la Caridad*, obra de M. Bonvin, pertenece á una série de composiciones, de las cuales la primera era el interior de una escuela de niñas huérfanas, que tuvo gran éxito en la Exposicion hace ya algunos años, y la última la que representa nuestro grabado. Este artista posee el sentimiento de las masas y comprende perfectamente el efecto general: su ejecución es esmerada y no descuida ninguno de los detalles.

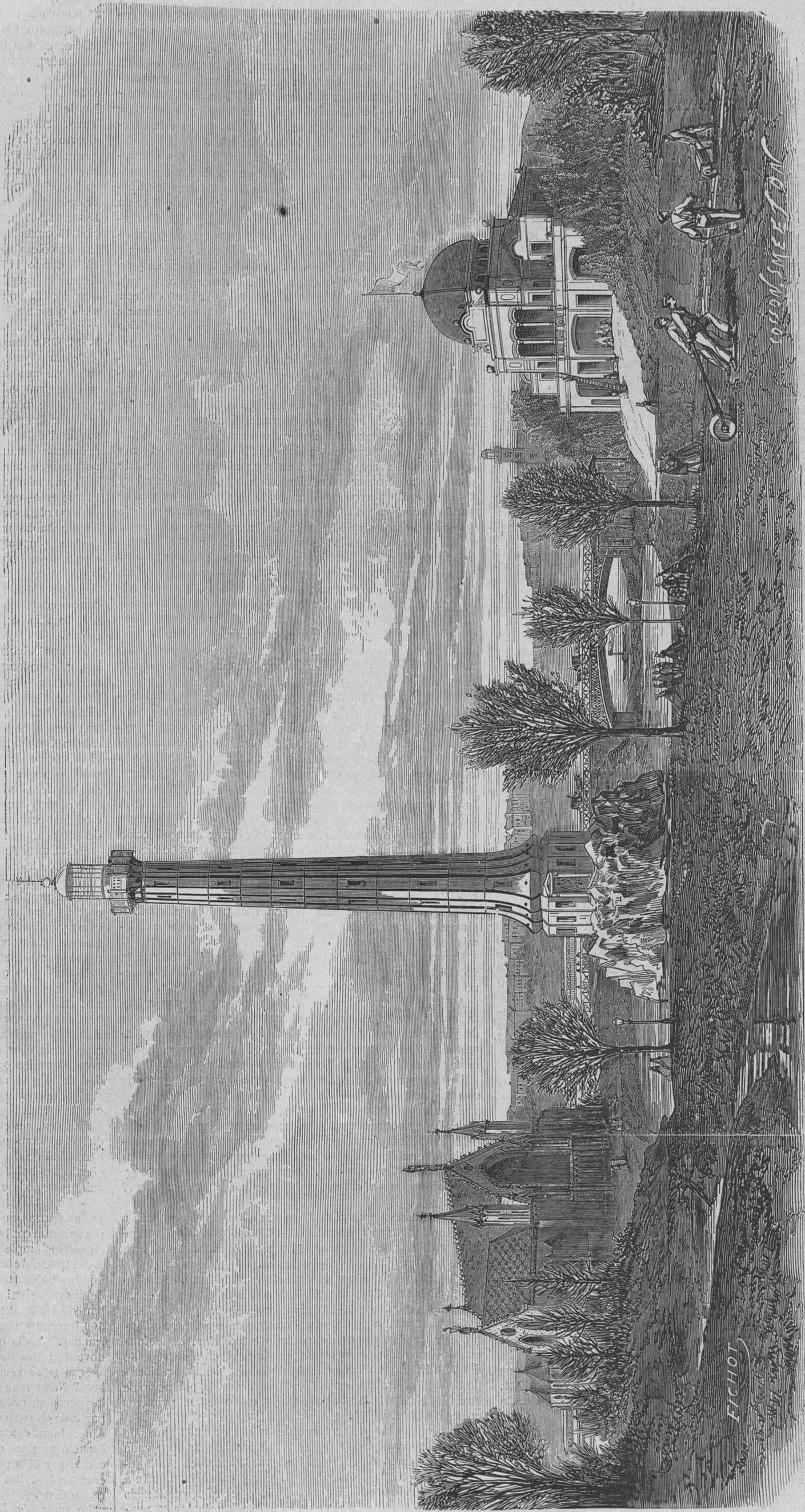
El segundo grabado es una reproducción de una vista de parque, recuerdo de Maisons Laffite. Su autor, M. Adolfo Moreau, discípulo de M. Roqueplan, tiene una gracia indecible para pintar á la aguada el paisaje. J. D. P.

**Exposicion universal**

DE 1867.

Desde que escribimos nuestro último artículo las obras del Campo de Marte han adelantado mucho. Estas obras, como saben ya los lectores del *Correo de Ultramar*, se dividen en dos partes muy distintas: los cuerpos de edificio, que comprenden las inmensas galerías, y el parque.

Se halla terminado el pabellon



Estado de las obras de la Exposicion universal de 1867. — Aspecto exterior por el lado del faro.

El faro

La iglesia.

La fotografia

de entrada, y se coloca el techo del pabellon imperial, sitio de descanso destinado al soberano durante sus visitas á la Exposicion, y kioscos y pabellones moriscos proyectan sus caprichosos contornos en diversos puntos.

Las obras del parque están menos adelantadas, pero se despliega en ellas gran actividad; se cava la tierra, se plantan árboles y se siembran céspedes. Aquí se abren los cimientos del teatro internacional, allí se levanta el casino cosmopolita que ofrecerá un asilo á todos los extranjeros, y mas allá una capilla ostenta sus góticas arcadas destinadas á la exposicion de los objetos propios del culto.

Cerca del Sena se construye la estacion donde terminará un ramal que enlazará el palacio con todos los ferro-carriles. Finalmente, se ha abierto un lago enorme, y se prepara en la orilla del Sena el paraje donde estarán expuestas las embarcaciones llegadas de todos los países, porque el programa de la Exposicion comprende el *sport* náutico, y habrá en ella yachts, buques de recreo, de remos, de vapor de todos los géneros, y podrán navegar á la vez por el Sena, que es profundo, y por el vasto lago de que acabo de hablar. El príncipe de Gales trata de enviar su yacht, y ha prometido dar un premio importante para las espléndidas regatas que se preparan. Al mismo tiempo el Almirantazgo inglés enviará una coleccion de modelos de buques construidos desde la guerra de Crimea, y de todo lo que concierne al servicio de la marina real, como arboladuras, trajes, etc., etc. Esta parte de la Exposicion será muy interesante, y el comité de navegacion nombrado por la comision imperial se dispone á darle el mayor realce posible.

Varios de los Consejos generales han votado en su última legislatura créditos especiales destinados á cubrir los gastos de viaje y permanencia en Paris de cierto número de obreros elegidos por sus compañeros para visitar y estudiar la Exposicion. Es una idea excelente, cuya aplicacion trata de extender el gobierno á todos los centros fabriles y agrícolas, y una suma de los fondos del Estado completará la que han votado con este objeto los departamentos. Esta subvencion se destinará especialmente á cubrir los gastos de la permanencia en Paris durante un mes: pues los del viaje serán casi nulos, porque las compañías de los ferro-carriles se han ofrecido á trasladar gratis á todos los delegados de las corporaciones obreras.

La comision imperial se ocupa en facilitar á todas estas personas habitacion y comida á precios módicos, y acaba de sacar á pública subasta la construccion, no lejos del palacio, de un inmenso establecimiento donde serán admitidos, no gratuitamente, pero sí con baratura, los viajeros de todas las partes del globo. Cada país tendrá su compartimiento como cada abeja su alvéolo en la colmena. Se hablarán allí todas las lenguas. ¿Será la torre de Babel? No; todos se harán entender con tal que estén provistos sus bolsillos de doblones, cequíes, rublos ó guineas.

Concretándonos ahora á lo que representa nuestra lámina, diremos que la iglesia cuya vista exacta hemos dado ya en uno de nuestros números anteriores, se halla á la orilla del lago, en cuyo centro se eleva una imponente masa de peñascos, que comunica con la margen por medio de un hermoso puente. La cascada que debía lanzarse de lo alto de estas peñas, ha sido reemplazada con un gran faro metálico.

En la otra parte del lago se encuentra el edificio fotográfico de M. Petit, y desde este punto, dando frente al Sena, se llega por un camino hondo al magnífico puente de acero que atraviesa la calzada del muelle de Orsay. Mediante este ancho pasaje, el Campo de Marte se halla en comunicacion con el puerto y la exposicion náutica, preparada en la orilla izquierda del rio.

Próximamente continuaremos este detalle de las curiosidades que van apareciendo ya tanto en los edificios como en las dependencias de la Exposicion universal de 1867.

C. P.

## Revista de Paris.

Mal comienza el año 1867. Apenas ha transcurrido la primera quincena del mes de enero y ya tenemos que consignar aquí la desaparicion de tres notabilidades que, con diversos títulos, eran tres grandes glorias de la Francia contemporánea. Victor Cousin, Ingres y Mlle Georges, han inaugurado, y casi el mismo dia, la necrología del año. Con Victor Cousin pierde la Francia uno de sus escritores mas eminentes, el brillante autor de tantas obras filosóficas é históricas que quedarán como otros tantos modelos de lenguaje, esto haciendo abstraccion de su valor en lo tocante al fondo. M. Ingres, menos conocido en el extranjero, ha desempeñado en su país un papel no menos importante que el del historiador de la filosofía. Habiendo nacido en 1781, veinte años despues obtenia el gran premio de Roma en la clase de pintura, y al cabo de una larga estancia en Italia regresaba á Paris, donde se convertia en el representante del dibujo correcto y de la composicion ideal. Distantes ya de aquellos tiempos de lucha apasionada, no nos es dado comprender los furioses y la animosidad de que hacian alarde los partidarios de M. Ingres en oposicion con los de la escuela romántica, á cuyo frente se veia otro pintor insigne, Eugenio Delacroix; pero en cambio, podemos apreciar

sin espíritu de partido, toda la superioridad de aquel talento que resplandece en sus obras con un brillo inmortal.

Mlle Georges pertenece tambien á aquella época de pasiones; pero esta afamada actriz tuvo el talento de contentar á clásicos y á románticos, mostrándose en ambos campos á una altura en que no conoció rivales. Antes de 1830 fué una Clitemnestra, una Semíramis, como jamás se habia visto otra, y despues no hubo quien la igualara en Lucrecia Borgia, María Tudor y Margarita de Borgoña. Hace muchos años ya se habia retirado de la escena, y á pesar de haber tenido una gran fortuna, ha muerto casi en la miseria, y ciertamente en el olvido mas completo.

Sin embargo, afortunadamente aun hay hombres que recuerdan su talento. El baron Taylor en un discurso improvisado, ha trazado sobre la tumba de Mlle Georges los títulos de gloria de la célebre trágica, y M. Teófilo Gautier en su última revista teatral, despues de señalar á la admiracion de los que no la hemos conocido, sus rasgos característicos, llega á esta conclusion tan triste como verídica:

« El siglo, conforme va marchando se despuebla, y no acertamos á descubrir en el porvenir, bastante oscuro aun, quién reemplazará á estos grandes muertos... Y no es decir que el tiempo se haya mostrado avaro con la célebre actriz que ha fallecido; pues la concedió cerca de medio siglo de hermosura, la dejó su talento por un período mas largo que de costumbre, y sin embargo, esta muerte nos ha producido honda tristeza. Aunque perteneciente á otra generacion, Mlle Georges ha sido nuestra contemporánea por sus triunfos en el drama moderno. Habia dejado á Esquilo por Shakespeare (lo que no es una defeccion) y se habia asociado generosamente á nuestra escuela. Mlle Georges nos deslumbró y nos apasionó, infundió en nosotros el gran soplo de los terrores trágicos. Su recuerdo está unido al de obras que fueron acontecimientos en nuestra juventud, y así es que nos parece que una parte de nosotros mismos se ha ido con ella. Así se desmorona poco á poco el edificio en donde hemos vivido, y cada piedra que cae se lleva un nombre ilustre, seguido de un epitafio. Los representantes de nuestros antiguos sueños se desvanecen; nuestros antiguos interlocutores entran en el eterno silencio, nuestros tipos de belleza se borran: nuestros amores, nuestras admiraciones, ya no existen: nuestro ideal ha huido... »

Nada mas cierto. Entre los dramas de Victor Hugo y las comedias de M. Sardou media un abismo, el mismo que se interpone igualmente entre los artistas que ejecutaban aquellos dramas y desempeñan hoy estas comedias. Es otro mundo.

Principia ya á sentirse en Paris el movimiento extraordinario que debe traer consigo la Exposicion universal, cuya apertura, segun declaracion oficial hecha esta semana, no se retrasará un solo dia. Ya están terminadas las instalaciones de los expositores y se han comenzado á recibir y á colocar los objetos en sus cajas respectivas.

Se anuncian envios sumamente curiosos, y entre ellos hay uno que no puede menos de llamar mucho la atencion pública. Parece ser que una de las mas importantes casas de fundicion de Alemania, queriendo utilizar la produccion de sus altos hornos, ha imaginado construir casas de hierro, muy cómodas y de mayor solidez que los edificios de piedra, sin contar que serán mas abrigadas en invierno y mucho mas frescas en verano. Se funden estas casas pieza por pieza, y ocho dias despues de recibir el pedido, el establecimiento da concluida la casa, que puede trasportarse fácilmente.

Una casa de tres pisos con siete piezas habitables cuesta 25,000 francos y pesa 670,000 kilogramos: el transporte viene á salir por 500 ó 600 francos de Alemania á Paris.

A fin de dar una idea del sistema inventado para calentarlas, diremos que las paredes son huecas y que el calor de una estufa colocada en el piso bajo, se esparce rápidamente y se conserva bien en ella. El alumbrado de gas tiene tambien aquí una aplicacion muy sencilla y fácil.

De todos modos, esperamos ver el modelo para juzgarle con mas conocimiento de causa.

Estos últimos dias se habia hablado del cólera en Paris; pero afortunadamente sin fundamento: en otro caso el éxito de la gran Exposicion universal podria verse muy comprometido. Terribles han sido los estragos que ha hecho en Europa en su última invasion, es decir, en los años de 1865 y 1866, si hemos de creer los datos estadísticos que trae el *Times*.

El *Registrador general* de Inglaterra, en un suplemento á su última relacion semanal, ha publicado una serie auténtica de datos oficiales recordando algunos informes de bastante interés relativos á la epidemia.

Los datos estadísticos de Francia manifiestan que en Paris el cólera de 1865 alcanzó su máximum en octubre, en cuyo mes ocurrieron 4,653 defunciones. En los primeros seis meses de 1866 murieron solamente 69 personas, pero en julio, el último mes á que alcanza la estadística, las defunciones causadas por dicha enfermedad subieron de repente á 1,743. El número proporcional de fallecimientos ocasionados por el cólera por cada 10,000 almas en la poblacion de Paris en el año 1865, fué de 39, y en los siete primeros meses de 1866, de 11.

En Lóndres las defunciones del cólera en 1866 han sido en la proporcion de 18, y en Liverpool de 36 por cada 10,000 personas. En Italia la epidemia empezó el 25 de junio de 1865 en la provincia de Turin, y causó la muerte á 12,901 individuos en el curso de todo el año, resultando que por cada 10,000 almas de la poblacion de las 35 provincias y las 349 municipalidades que visitó la epidemia,

murieron 35 personas. Parece que en Italia los habitantes de las ciudades sufrieron menos que los de los pueblos, puesto que en las primeras el número de fallecidos fué de 38 por cada 10,000, y en los últimos de 56. En Nápoles se registraron en 1865, 2,301 defunciones, entre los 446,931 habitantes que cuenta dicha poblacion, lo cual da 52 defunciones por cada 10,000.

En Viena la estadística empieza el 11 de agosto y termina el 10 de noviembre de 1866. La proporcion en dicha ciudad fué de 51. En siete ciudades de Bélgica, comprendidas Amberes, Bruselas, Brujas, Gante, Monza, Lieja y Namur, los muertos de la epidemia ascendieron á 11,771, y estas ocurrieron desde 1º de mayo al 15 de octubre de 1866, de modo que entre una poblacion de 553,377, las defunciones fueron en la proporcion de 186 por cada 10,000 habitantes. En Bruselas la proporcion fué de 164. En Holanda murieron en 1866, 18,547 personas. Tomando por término de comparacion 15 ciudades, inclusa Amsterdam, resultan 8,872 muertos del cólera en los cinco meses, desde junio á octubre de 1866, dando 107 defunciones por 10,000 almas. En Amsterdam la proporcion fué de 42, mientras que en Utrech llegó á 271. En Noruega parece que la epidemia ha ocasionado comparativamente poco daño en 1866, puesto que se registran tan solo 48 defunciones para una poblacion de 1,701,478 almas.

Dejemos ya esta estadística fúnebre para contar las hazañas de uno de esos caballeros de industria que pululan en esta gran ciudad, y que aguzan su ingenio para sacar partido de la credulidad pública.

Conocidas por demás, son las artimañas de esos peligrosos fundadores de empresas efímeras, que bajo pretexto de pedir una garantía á las personas á quienes ofrecen destinos, exigen de ellas fianzas que no restituyen nunca.

Y sin embargo, siempre hay incautos que caen en los lazos de estos especuladores de tan mala especie.

Es verdad que la publicidad que se da á las condenas, hace cada dia mas difícil el ejercicio de esta culpable industria; pero aquí entra el ingenio para variar la combinacion á cuyo beneficio se hacen víctimas.

Uno de estos hombres osados es Andrés Delprat, de treinta años de edad, ex-profesor del liceo Louis-le-Grand, que ha comparecido estos últimos dias ante el tribunal correccional, bajo la doble acusacion de estafa y de abuso de confianza.

Andrés Delprat, que segun le pintan las crónicas judiciales, es meridional, y posee toda la viveza de lenguaje y de modales que caracteriza á sus paisanos de Francia, dejó á fines de 1865 el colegio Louis-le-Grand, para fundar dos periódicos titulados *la Multitud* y *las Artes*, á los que reunió una tienda de librería. Las redacciones de ambos periódicos estaban en un cuarto piso de una casa del barrio latino, y el despacho de libros en el piso bajo. Andrés Delprat ha confesado que apenas poseia unos 700 francos para llevar sus empresas adelante.

Pero muy luego se anuncia en los diarios de mas circulacion, pidiendo empleados que tendrán que entregar fianzas de 500 á 5,000 francos, segun el destino.

Hasta aquí Andrés Delprat no hacia mas que seguir las huellas de todos los que se han consagrado á esta clase de operaciones; pero hé aquí lo que le corresponde como invencion propia: se apresura á ponerse en relaciones con un crecido número de agencias para los que buscan colocacion, y á fin de estimular su celo, les ofrece una gratificacion de 25 francos por cada solicitante que ponga en sus manos una fianza.

No hay para qué decir que las oficinas de los susodichos periódicos se hallaban llenas de gente, y no habia nadie que en presencia de Delprat no quedara fascinado con su hermosa presencia, sus finos modales, y sobre todo con sus elocuentes palabras al hablar de su brillante posicion social. Decia él que su familia era rica, que iba á hacer un gran casamiento, que se hallaba á la cabeza de una sociedad en la que habia puesto cien mil francos, y que uno de sus periódicos marchaba tan bien, que ya le habian ofrecido comprárselo.

Una vez, sin embargo, uno de aquellos pretendientes le dirige algunas observaciones; le pide que le explique la necesidad de depositar fianza, y á esto Delprat contesta vaciando sus bolsillos, y sacando de ellos billetes de banco, valores de toda especie y pañados de oro.

— Ya está Vd. viendo, exclama, que para nada necesito yo las fianzas que exijo, y las cuales constituyen una simple garantía contra la mala fe harto frecuente por desgracia en ciertos empleados.

Así pues, de enero de 1866 al 10 de setiembre, nuestro hombre habia tomado ciento nueve empleados en concepto de mozos de cobranza ó de oficina, con sueldos que variaban de 1,500 á 2,000 francos, y mediante fianzas de 150 á 500 francos y mas: el total de estas fianzas pasa de 50,000 francos. El dia que le prendieron aun tenia á su servicio noventa y tres de estos dependientes.

Pero ¿qué servicio era el que hacian todos estos hombres? Nada mas sencillo. Algunos llevaban los números á los pocos suscritores que tenian los periódicos, y la mayor parte de ellos se ocupaban en escribir nombres en las fajas. Ahora bien, como las oficinas del director no eran bastante espaciosas para contener á mas de ochenta escribientes, y como, por otra parte, era muy peligroso que supieran que eran tantos, los pobres incautos trabajaban en sus casas respectivas.

En suma, *la Multitud*, periódico semanal, no ha tenido nunca mas de 381 suscritores, y solo ha publicado 37 nú-

meros, en tanto que las Artes únicamente ha salido á luz diez y siete veces. Por lo que hace á la librería, carecía completamente de fondo propio y se formaba con libros en depósito. Para que Delprat hubiese podido pagar á todos sus empleados, habria necesitado anualmente 141,860 frs.

Sin embargo, mientras duró el negocio, Delprat pagó el sueldo á unos, á otros les dió algo á cuenta, así como tambien tuvo que devolver á varios el todo ó una parte de las fianzas; pero el mayor número lo perdieron todo. De enero á setiembre gastó en sus empresas una cantidad de 44,614 francos, y lo restante lo aplicó á sus necesidades personales.

Hé ahí lo que resulta de las declaraciones de las numerosas víctimas que ha hecho Delprat, entre las cuales se cuentan algunas que, careciendo de la suma suficiente para completar la fianza, apelaron á préstamos, ó empeñaron ó vendieron una parte de los muebles ú objetos de su uso.

Supérfluo será añadir que á todo esto contesta Delprat diciendo que él no ha querido engañar á nadie, que estaba de la mejor buena fe, pero que á pesar de todos sus esfuerzos le ha sido contraria la fortuna.

Los tres años de encierro á que ha sido condenado le harán reflexionar quizás que las industrias de esta clase acaban siempre de mala manera.

A falta de novedades teatrales vamos á dar aquí algunos datos estadísticos que publica el *Entreacto*, relativos á las obras que han obtenido mayor número de representaciones durante el año 1866 en los teatros parisienses.

- Opera. — *La Africana*, 43.
- Comedia Francesa. — *Le Lion amoureux*, 100.
- Opera Cómica. — *Le Voyage en Chine*, 85.
- Italianos. — *Il Trovatore*, 14; *Rigoletto*, 14.
- Odéon. — *La Contagion*, 64.
- Châtelet. — *Cendrillon*, 189.
- Théâtre-Lyrique. — *Martha*, 77.
- Vaudeville. — *La Famille Benoiton*, 218.
- Variétés. — *Barbe-Bleue*, 112.
- Gymnase. — *Héloïse Paranequet*, 115.
- Palais-Royal. — *La Consigne est de ronfler*, 91.
- Porte-Saint-Martin. — *La Biche au bois*, 117.
- Gaité. — *Jean-la-Poste*, 127.
- Ambigu. — *Le Mangeur de fer*, 86.

En contraposición á este cuadro, veamos ahora cuáles son las producciones que han tenido una sola representación :

- Opera. — *Lucie de Lamermoor*, *le Comte Ory*.
- Comedia Francesa. — *Rodogune*, *Andromaque*, *Mithridate*, *le Mariage forcé*, *Iphigénie en Aulide*, *Mérope*, *Psyché*, *le Cid*, *l'École des Vieillards*, *la Gageure imprévue*, *Alexandre*.
- Opera Cómica. — *Les Porcherons*, *le Toréador*.
- Italianos. — *Poliuto*, *Linda di Chamounix*, *Don Zeffiro*, *Maria di Rohan*, *l'Italiana in Algeri*, *il Casino di Campagna*.
- Odéon. — *L'Esprit de contradiction*, *Pierrot héritier*.
- Vaudeville. — *Une Femme trompée*.
- Variétés. — *Un drame en 1779*, *une Femme dégelée*, *Jocrisse maître et Jocrisse valet*.
- Gymnase. — *Les Vieux Garçons*, *la Maison sans enfants*.
- Palais-Royal. — *Un homme du Sud*, *la Fille bien gardée*, *Après le bal*.
- Porte-Saint-Martin. — *Monsieur boude*.

Finalmente, el ya citado periódico concluye su estadística teatral con el repertorio general de las obras representadas en todo el año último. Hé aquí este cuadro :

Opera	24 obras	1 novedad.
Comedia Francesa	92	4
Opera Cómica	36	5
Italianos	28	5
Odéon	35	4
Châtelet	4	2
Théâtre-Lyrique	20	5
Vaudeville	16	9
Variétés	29	8
Gymnase	38	9
Palais-Royal	31	10
Porte-Saint-Martin	8	3
Gaité	13	5
Ambigu-Comique	11	6

Parece ser que el nuevo drama titulado *Galileo* escrito por M. Ponsard y cuyos ensayos habian comenzado ya en el Teatro Francés, ha encontrado un tropiezo en la censura por causa de ciertos versos enérgicos contra la inquisición. Añádese que á guisa de compensación, el poeta ha recibido el nombramiento de bibliotecario del Eliseo, y por último, se dice igualmente que todos los pasos que se han dado para contrarrestar el voto de la censura han sido infructuosos. Es verdad que á todo eso hay quien dice tambien que los rumores en cuestion son infundados, y que *Galileo* se representará sin que se opongá la censura; pero de todos modos, lo cierto es que habiéndose dado como muy próximo su estreno, á la hora en que escribimos se ignora cuándo tendrá lugar, y apenas circulan noticias sobre los progresos que hacen los ensayos.

En cambio se preparan á toda prisa dos importantes novedades, una en el teatro del Vaudeville y otra en el Gimnasio. La primera es del acreditado autor Teodoro Barrière y se titula *las Ovejas sarnosas*, y la segunda es del no menos célebre escritor Alejandro Dumas hijo, la cual lleva por título *las Ideas de madama Aubry*. De entrambas producciones se habla mucho y bien, y el público literario espera con impaciencia el momento de juzgarlas.

MARIANO URRABIETA.

### La canonización de Cristóbal Colon.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente carta del Excmo. señor cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, dirigida á Pio IX, pidiendo se forme el oportuno expediente para la canonización del ilustre genovés, á quien se debe el descubrimiento del nuevo mundo.

Dice así:

« Santísimo Padre :

Compatriota y contemporáneo del muy venerable cura de Ars, he tenido la dicha de defender su causa ante la sagrada congregacion de Ritos.

Tambien tuve la honra de presenciar el acto de la reciente beatificación de Germana Cousin, que durante su vida edificó singularmente á los habitantes de un pais inmediato á mi arzobispado, y me he unido de corazón á los que han dispensado los propios honores de la Iglesia á aquel pobre tan generoso, al mendigo Benito Labre, cuya santa memoria no ha olvidado el Artois.

Séame pues permitido hoy llamar la atención de Vuestra Beatitud sobre un « hombre célebre y providencial, » que dedicó toda su vida al descubrimiento de un nuevo mundo para establecer en él el imperio de Jesucristo.

#### I.

La vida de Cristóbal Colon, escrita por el conde Roselly de Lorgues, bajo los auspicios de Vuestra Santidad, ha venido á descubrir por primera vez el corazón evangélico, el celo infatigable de aquel ingenio inspirado, que tuvo en la tierra el hermoso papel de un verdadero nuncio de salvación.

Hasta el conde Roselly nadie se habia ocupado, bajo el punto de vista católico, ni del descubrimiento del nuevo mundo, ni de las evangélicas virtudes de su maravilloso iniciador. Por una extraña singularidad, solo escritores anticatólicos habian biografiado al virtuoso navegante; y sus versiones interesadas que veian en su belleza moral, pura expresion de su acendrado catolicismo, una valla que no podian franquear, y de la que tampoco podian desentenderse, presentaron sus virtudes como una mezcla de devoción, astucia, orgullo y debilidad.

La escuela racionalista, no contenta con negarle la pureza de sus virtudes, pintándole en cierta manera como un hombre codicioso y disimulado, tuvo la osadía de atribuirle defectos y vicios que ni siquiera llegaron al conocimiento de sus contemporáneos. Tan atroz calumnia esparcida por la prensa y aceptada sin exámen por la mayor parte de las sociedades y corporaciones científicas, ha prevalecido en la opinion.

De esta manera la Iglesia se encontró completamente despojada de su iniciativa y de toda participacion en una empresa que fué, sin embargo, obra exclusiva suya.

Pero con objeto de que la verdad se sobrepusiese á la mentira, Vuestra Beatitud quiso conocer el verdadero carácter de aquel grande acontecimiento, uno de los mas memorables de la historia. Segun vuestras indicaciones, la rehabilitacion del gran navegante debia ser escrita por una pluma imparcial que presentara los hechos con la inflexibilidad y justicia de la historia.

Fué un grande honor para mi pais, Santo Padre, el que os dignáseis confiar tan importante obra á una pluma francesa.

La obra escrita por orden de Vuestra Santidad ha prestado un doble servicio al mundo y al catolicismo.

La ciencia y la erudicion le son deudas de la reparacion de algunos olvidos involuntarios y de muchas premeditadas omisiones; el restablecimiento de fechas y datos, hasta ahora mal conocidos, ó mal comprendidos, la solucion de muchas cuestiones que se venian debatiendo sin ningun resultado, y por fin, una verdadera restauracion de la historia de aquella época.

Bajo el aspecto religioso, dicho trabajo ha valido á la Iglesia una importante restitution, poniendo en evidencia la superioridad de sus miras, la providencia tutelar y la fecundidad de su espíritu vivificador, y demostrando de un modo irrefutable que el descubrimiento del nuevo mundo fué el triunfo de la inspiracion católica.

La Iglesia en su mas genuina representacion, y en todos los grados de su gerarquía, tomó bajo su proteccion la persona y la idea de Cristóbal Colon.

Ella le concedió hospitalidad, asistencia y pública proteccion; ella le prestó su poderosa mediacion y socorros materiales, mientras que los sabios mas eminentes del mundo entonces conocido, mientras que la corte y la junta de cosmógrafos despreciaban lo que su poca fe llamaba sueños de loco.

Los primeros y mayores sostenes del ilustre genovés pertenecian todos á la Iglesia; eran religiosos de San Francisco, de Santo Domingo. Un obispo, un arzobispo, un cardenal, el nuncio de Su Santidad y el mismo Pontífice le ampararon y protegieron.

Tres papas fomentaron y bendijeron sucesivamente sus inmortales trabajos.

Ya no existe la menor duda respecto de la eficaz cooperacion que la Iglesia prestó al descubrimiento del continente que ha reportado incalculables ventajas á la ciencia. Su accion directa y benéfica sobre aquel trascendental acontecimiento; ofrece asimismo una magnífica epopeya y un motivo de profunda edificacion.

Nada mas dramático, nada mas conmovedor que seguir las huellas de aquel hombre llamado de lo alto.

Ningun carácter histórico presenta ni una vocacion mas determinada, ni un pensamiento mas vasto, ni un fin mas apostólico.

El descubrimiento del nuevo mundo no era el mero objeto de los esfuerzos de Cristóbal Colon, no era tampoco ese el punto culminante de sus ambiciones.

Para él aquel descubrimiento solo representaba un fin: el de esparcir en tierras desconocidas el nombre de nuestro divino Redentor, y hacer que las mas remotas naciones pudiesen venir un dia á adorar la sagrada tumba del Salvador; esperaba de este modo abrir la via, despejar el camino, y por medio de las riquezas de los paises recién descubiertos, redimir el Santo Sepulcro.

Santísimo Padre, el hombre que Dios habia designado para poner al antiguo mundo en relaciones con el nuevo, era digno en verdad de su providencial mision. La Providencia en cambio le cubrió siempre con su manto protector.

La existencia de Colon tiene un sello especial: en ella se ven, manifiestas y caracterizadas, la sobrenatural y maravillosa ayuda de la divina virtud que Dios presta á los fuertes, y la perseverancia que da al ánimo de los predestinados.

Colon fué paciente, casto, austero y misericordioso: nadie como él supo practicar la humildad, la obediencia, la resignacion y el perdon de las ofensas.

Nadie fué mas generoso que él con los pobres y los prisioneros; Colon asistia á los enfermos y les curaba con sus propias manos. La última carta que escribió fué un acto de caridad; en ella él descubridor del nuevo mundo implora la gracia para dos reos condenados á muerte.

Todo lo que sufrió de los hombres puede atribuirse á su amor por el Redentor y á la fiel práctica de sus mandamientos. Por ser amante de los pobres, de los pequeños, de los débiles, el inmortal navegante se vió perseguido, odiado y calumniado. Los soberbios hidalgos no le perdonaron nunca la proteccion que dispensó siempre á los indios, haciendo de ellos cristianos que habian de encontrar en la Iglesia un apoyo contra la tiranía de sus opresores.

Los mas ardientes y acérrimos enemigos fueron algunos subordinados suyos, á quienes su vigilancia impedia entregarse al robo, saqueo y demás extremos á que eran conducidos por sus perversos designios. Y el grande hombre les perdonó siempre; solo tuvo palabras de paz y de misericordia para los marinos rebeldes que quisieron atentar á su vida.

Llegado que hubo al colmo de sus deseos, al descubrirse por él el nuevo mundo, Colon lo olvidó todo, y fué para los ex-rebeldes un padre cariñoso, se hizo su abogado, implorando para ellos la piedad é indulgencia de la corte. Todos los actos de su vida son admirables, y ofrecen un ejemplo de ternura religiosa. Las virtudes de aquel siervo de Dios son tan sublimes, tocan á una region tan elevada, que titubeamos en emplear la palabra virtud, hoy tan prodigada, para caracterizar los actos del insigne genovés, que fueron para sus contemporáneos un objeto de edificacion. Se necesita buscar otro nombre para calificar dignamente su superioridad moral y religiosa.

Ya hace diez años, Santísimo Padre, que la historia de Colon recorre el mundo traducida en varios idiomas. La opinion, respecto de este asunto, ha tenido tiempo bastante para tomar consistencia y reproducirse. Esta opinion la hemos visto unánimemente expresada por los católicos de todas las naciones. Personajes de todas clases, seculares, eclesiásticos, doctos religiosos, jefes de comunidades monásticas, obispos, arzobispos, y hasta miembros del sacro colegio, no han podido menos de reconocer el carácter de santidad en aquel perfecto discípulo del Evangelio.

Como arzobispo que soy de una Iglesia unida por tan estrechos lazos con la del nuevo mundo, y que cuenta en su esfera metropolitana al obispado de las Antillas francesas; siendo esta silla tan cercana á España, con cuya Iglesia tiene importantes y numerosas relaciones; siendo además yo, su arzobispo, el primer miembro del episcopado que tuvo la honra de hacer una solemne apreciacion de la vida de Cristóbal Colon, he considerado como un imperioso deber el poner á los piés de Vuestra Santidad la expresion del voto de gran número de fieles de todas las condiciones, y pertenecientes á todas las clases de la sociedad.

#### II.

No me disimulo las dificultades que he de encontrar al tratar de obtener de Vuestra Beatitud la autorizacion de presentar ante la congregacion de los Ritos la causa de Cristóbal Colon.

Una Memoria especial responderá á las objeciones que puedan presentarse, y que yo mismo me anticipo á presentar aquí.

El tiempo trascurrido desde la muerte de Colon, causa la falta absoluta de testigos oculares y de milagros probados.

Falta un principio de culto, y por consiguiente, nombradía de santidad.

Imposibilidad de producir el testimonio del obispo de la diócesis del presentado, requisito que las reglas fijadas por el papa Benedicto XIV han hecho indispensable.

Esperando presente la mencionada Memoria, especialmente destinada á contestar á estas y otras objeciones, suplico á Vuestra Santidad se digne echar una mirada sobre las siguientes consideraciones respecto de una

causa que puede llamarse única y sin precedentes en la Iglesia.

La causa de Cristóbal Colon es verdaderamente excepcional.

Todo, el hombre, la obra, el sello que le imprimió la Providencia, el triunfo que obtuvo, la ingratitude de los hombres para con él, el despojo de su legítima gloria,

que se verificó despues de su muerte, esa misma muerte y hasta su tumba, todo fué excepcional en la vida de Colon.

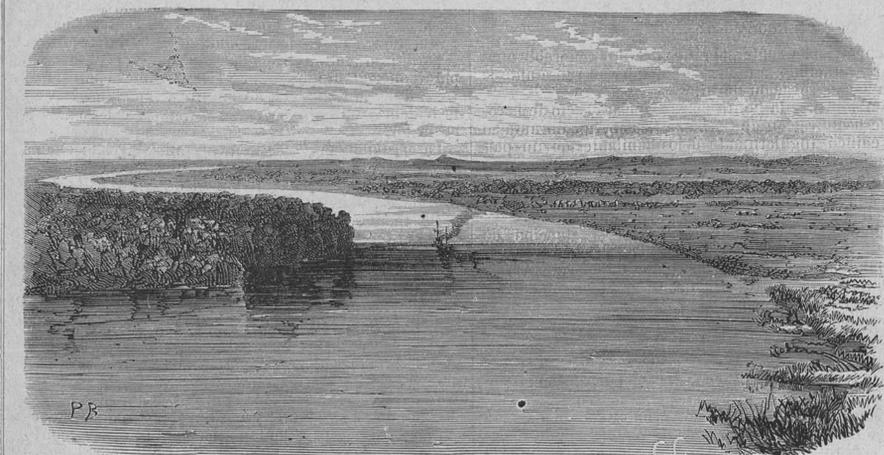
Por poco que se detenga uno y profundice el asunto, el ánimo se convence de que el descubrimiento del nuevo mundo no podia de ninguna manera ser obra de un geógrafo cualquiera; se necesitaba ser llamado de

lo alto para llevar á cabo una obra de tanta magnitud.

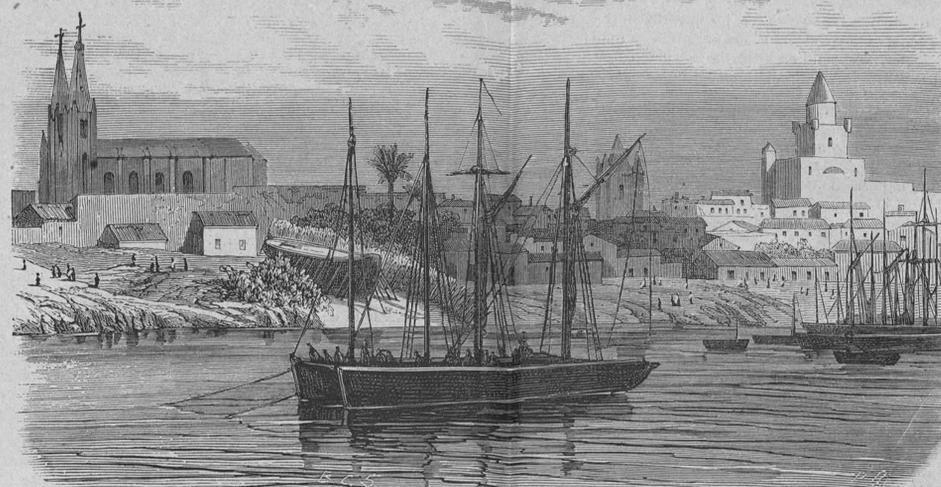
La idea de Colon fué, sin embargo, enteramente suya; fué hija de su propia resolucion, que solo la Providencia pudo inspirarle; y fuera de su persona, nadie, absolutamente nadie, podia llevarla al terreno de la práctica.

La corte de Portugal hizo una vergonzosa prueba, que no pudo haberle salido peor.

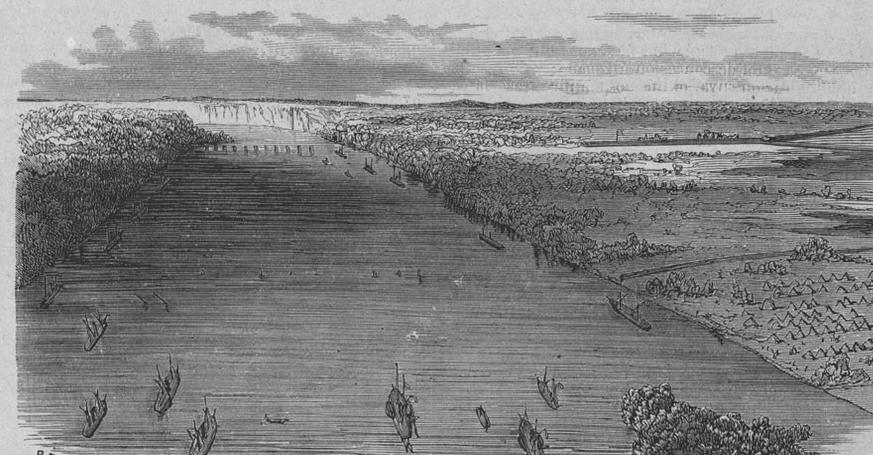
El rey Don Juan II de Portugal obtuvo, por medio de un indigno abuso de confianza, una copia de todos los manuscritos de Colon. Mapas geográficos, notas, copias de las cartas que contenian los secretos de la teoria del genovés, nada le faltó; todo lo tuvo Juan II como lo



GUERRA DEL PARAGUAY. — El Parana.



Vista de Corrientes en el Parana.

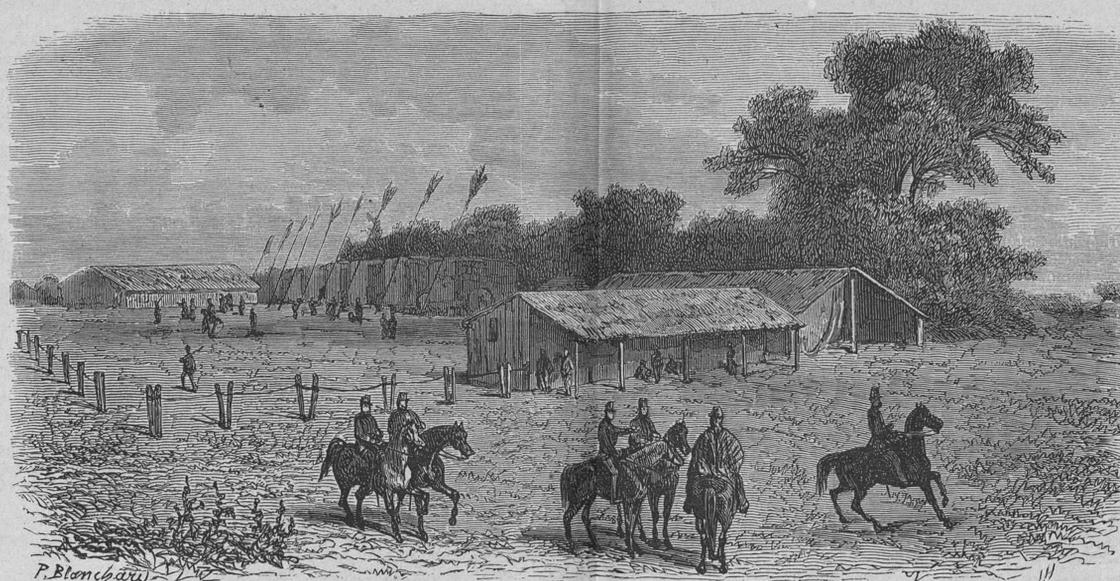


Campamento delate de Curupaiti (Parana).



Oficiales y soldados paraguayos.

deseaba. Los citados documentos fueron confiados á uno de los mas hábiles capitanes de marina. Este, reunido á los mejores pilotos de Portugal y con tripulaciones escogidas, avanzó resueltamente por el Atlántico, valiéndose de las indicaciones suministradas por los trabajos de Colon. Inútil fué su experiencia, de nada sirvieron las notas tan indignamente sus- traídas; despues de una larga y penosa navegacion, el capitán mandado por el rey tuvo que regresar sin haber obtenido ningun resultado al puerto de su clandestina partida. Despues de aquel «escarmiento,» durante los siete años transcurridos hasta el descubrimiento de Colon, Portugal renovó varias veces su

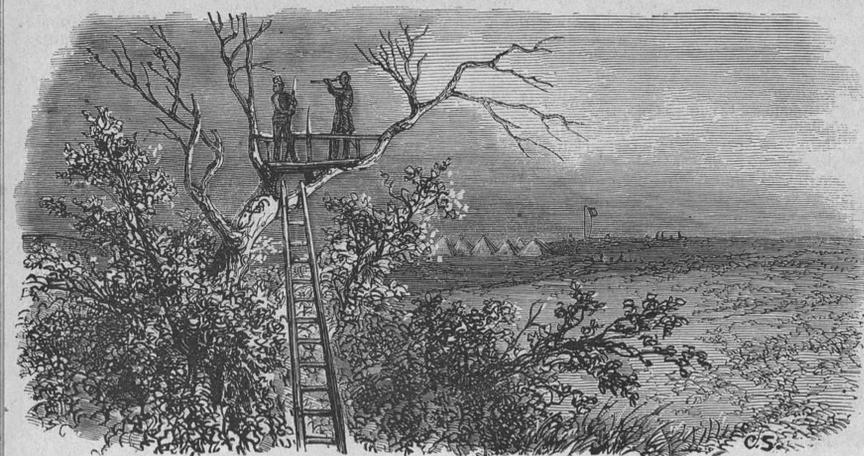


Cuartel general del presidente Lopez en Paso Pucu.

tentativa con el mismo deplorable éxito. Esta mision solo pertenecia al hombre elegido por Dios para plantar en el nuevo mundo el estandarte de la Cruz. La historia de Cristóbal Colon es la de un hombre excepcional que de ninguna manera puede juzgarse por las reglas del criterio comun. Siguiendo el ejemplo de la Providencia, el papa le dispensó favores excepcionales. Jamás ningun se- glar recibió de Roma tantas demostraciones de confianza y de cariño. Colon era casado, padre de familia, grande almirante, virey, y sin embargo la corte de Roma le autorizó á considerarse como legado natural de la Santa Sede en las nuevas tierras en que proclamó la luz



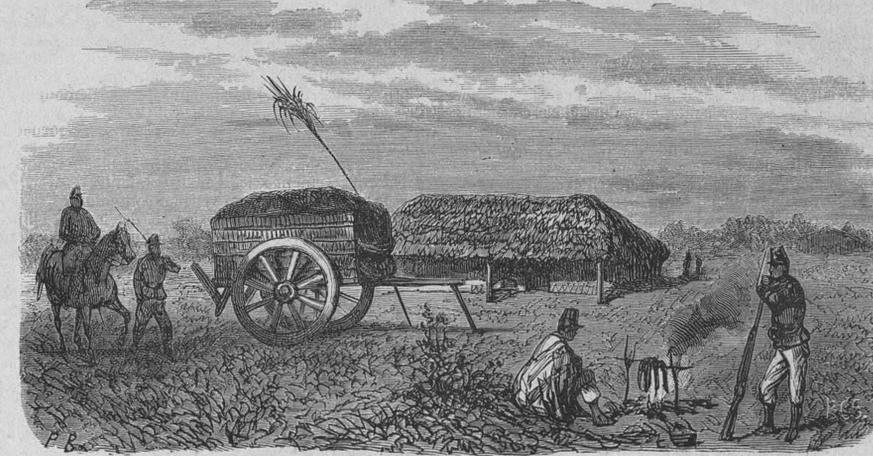
Mujeres de soldados en el campamento.



Un mangrullo (puesto de observacion).



Primer foso paraguayo, enfrente de las avanzadas aliadas, en Tuyuti.



Rancho y carreta en el campamento paraguayo.

del Evangelio. Antes de presentar su proyecto de descubrimiento á nadie, Cristóbal Colon habia pedido y obtenido la vénia de la Santa Sede.

Inocencio VIII fué uno de los que mas le protegieron: su interés y amistad para el célebre navegante puede verse aun en las inscripciones que adornan su tumba en la basílica de San Pedro en Roma.

Uno de sus sucesores, no contento con dispensarle el título de « querido hijo » (*dilectum filium*), le declaró « completamente digno » (*utique dignum*), de la alta misión que la Providencia le habia llamado á desempeñar.

Por una simple reclamacion de Colon, el papa publicó la famosa Bula de concesion á España; y de resultas de una indicacion suya, el mismo pontífice trazó la célebre línea divisoria que iba de uno á otro polo, sin dejar posibilidad de litigio alguno.

Véase, pues, Santísimo Padre, la excepcional prediccion que la Santa Sede tuvo para la obra del descubrimiento y su inspirado autor. »

D. DE B.

## Guerra del Paraguay.

Hace ya cerca de dos años que se prosigue en la América del Sur una guerra terrible contra el Paraguay; y con este motivo parécenos curioso echar una rápida ojeada sobre el teatro del drama y sus peripecias. Los dibujos que damos, aunque el Paraguay bloqueado por la naturaleza y por los hombres, sea letra muerta por ahora, han sido copiados del natural.

El teatro de la guerra se encuentra á cerca de 1,000 kilómetros del mar, por los grandes ríos. La embocadura de estos grandes ríos entre los cabos Santa María y San Antonio, mide 140 kilómetros: en el sitio en que el agua se hace potable, el Plata tiene 64 kilómetros de anchura; y finalmente, á 280 kilómetros al Norte, el Parana cuenta aun 32 kilómetros de una orilla á otra. Subamos esta inmensa corriente de agua, en pos de las escuadras aliadas.

Si el Parana es largo de subir, si mas de una vez se zozobra en sus bancos de arena movediza, es tambien de una monotonía desesperante. Casi siempre orladas sus márgenes de selvas raquíticas, de cañaverales y de pantanos, corre á veces á lo largo de altas barrancas en donde se puede fondear al abrigo de los mosquitos. Los cazadores encuentran en estos sitios una caza tan abundante como variada, desde la modesta perdiz hasta el tigre.

Mas arriba de Corrientes se hallan las Tres Bocas, confluencia del Paraguay y del Parana: aquí es donde comienza el bloqueo. A unas 12 millas mas arriba, en el Paraguay, la escuadra del imperio estaciona delante de Curuzú; á la vista de Curupaití, en tanto que las tropas brasileñas del vizconde de Porto-Alegre están acampadas cerca de ella en tierra. En los números anteriores del *Correo de Ultramar*, se ha podido ver la relacion ilustrada de los sucesos militares que han tenido lugar al frente de estas dos posiciones.

En la otra orilla del Paraguay se extiende el Gran Chaco, territorio inhabitable sino es para los indios. Estos pertenecen en gran parte á la tribu de los *Guaycurus*, que se distinguen por su ferocidad y á quienes acusan de antropófagos. ¡Ay del cazador que tropieza con ellos en su camino!

Volviendo á las Tres Bocas, diremos que cuando se sube el Parana al Este, se llega muy luego á Paso de la Patria y á Itapiru.

Del fuerte de Itapiru, del que solo quedan ruinas, se va por tierra á los antiguos campamentos paraguayos, al través de los pantanos y de los cementerios improvisados: el suelo está cubierto de restos pútridos de animales hasta Tuyuti. A dos leguas de este punto está acampado el grueso del ejército aliado en las arenas: las palmeras que cubrían el terreno han sido quemadas hace tiempo para cocer el rancho.

Después de haber atravesado las líneas de defensa de los aliados, se camina por altas yerbas lagunosas hasta un bosquecillo de naranjos, rodeado de una fortificación, en donde está acampada la vanguardia.

Mas allá de los *esteros* ó lagunas, y luego aquí y acullá en la tierra, hay centenares de cadáveres momificados.

En esta terrible guerra no hay tregua para enterrar á los muertos ni para prestar socorro á los heridos.

A doscientos metros del bosquecillo está el primer foso paraguayo, y luego se ven otros cañaverales y otros pantanos hasta la gran línea de fortificaciones de Lopez. Aquí aparecen otras lagunas que llegan hasta el cuartel general, donde el presidente del Paraguay habita desde hace algunos meses una antigua granja, en medio de sus guardias, en el corazon de su ejército dispuesto á precipitarse según lo requiera el caso, sobre Curupaití ó sobre Tuyuti, pues estos dos puntos distan poco, por tierra, uno de otro.

Los paraguayos combaten casi desnudos: una camisa y no siempre, un poncho, un casco muy duro de cuero cocido y pintado con sus tres colores, tal es su uniforme.

Sin embargo, son hombres trabajadores, industrioses y diestros. En algunas horas elevan *ranchos* muy cómodos. Por todas partes instalan en un momento *mangrullos* ó observatorios para espiar al enemigo.

Desde su campamento comunican por medio del telégrafo eléctrico con la Asunción, capital de la república. Las mujeres, cuando no se emplean como los hombres en batirse en las trincheras, ó en preparar el asado y el maíz, único alimento en el Paraguay, hacen encajes y bordados admirables. Estas mujeres tienen una voz suave, manos y piés diminutos, ojos rasgados, hermosa dentadura y magnífico pelo; pero no hablan mas que el *guarani*, lengua primitiva, no solo del Paraguay, sino de toda la América del Sur, al decir de los filólogos. Cerca de los ranchos hay carretas con ruedas de una madera tan dura como el hierro. Con esta misma madera los paraguayos construyen sus *chatas*, barquillas lisas que se atreven con los monstruos acorazados. En la carreta se apoya el largo reja, á veces adornado con plumas de avestruz, que sirve para conducir y avivar á los tres ó cuatro pares de bueyes de tiro.

Hombres, mujeres, niños y viejos, todos los recursos del Paragnay se hallan aglomerados en ese campamento de Paso Pucu, ó contribuyen á su sostenimiento.

Vte F. de B.

## Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— Prestadnos vuestro brazo y vuestros consejos para colocar al duque de Anjou en el trono de su hermano, y Esclarimonda será vuestra recompensa.

— ¿Y habrá de ser la mejor sangre de Francia, contestó el caballero con amargura, el precio de una traicion?

— Hé ahí unas palabras que me parecen extrañas en vuestras labios, príncipe, replicó la reina: ¿me habré engañado acerca de vos, y alimentado un enemigo secreto? ¿Serán mentira vuestros propios despachos? Contestad, príncipe; ¿estoy hablando con un aliado de Anjou, ó á un amigo secreto de Enrique? ¿al amigo de un príncipe que aspira al trono, ó al instrumento del monarca que cae?

— Hablais á un hombre que piensa, obra y habla libremente y sin temor, señora; á un hombre que aspira á los honores por medios honrosos, y cuya mano rehusaría el cetro de Francia si se le ofreciese al precio de una traicion. Vuestro complot contra Enrique, llamado como queráis, es una traicion.

— No llevaré á mal vuestras expresiones, príncipe, contestó Catalina con frialdad. Las palabras son para mí el manto bajo el cual se oculta el puñal, y cuanto mas leales parecen, menos susceptibles son de desperdiciar mis sospechas. Podeis por lo tanto llamar á nuestro complot traicion mientras seais de los nuestros; pero basta ya de esto. Decís que amais á la princesa de Condé; ayudad al duque de Anjou en sus planes para subir al trono, y ella será vuestra recompensa.

Catalina se detuvo, y fijó su mirada de águila en el caballero, esperando su respuesta; pero aquel guardó silencio. Su alma parecia ser presa de las mas violentas emociones.

— ¿Qué significa ese silencio? exclamó la reina levantándose colérica; ¿rehusais mi ofrecimiento?

— No puedo aceptarlo, señora.

— ¡Ah!

— Existe una barrera fatal.

— Vuestra pasion por esa joven veneciana, ¿no es cierto? ¿Por Nuestra Señora! aquí debe haber algun hechizo. ¡Animo! Rugieri, es necesario que disipemos pronto el encanto.

— Príncipe, continuó Catalina con acento severo, reflexionad sobre mi proposicion y dadme mañana vuestra respuesta. Hasta tanto, guardad el secreto en lo mas profundo de vuestra alma, y no lo digais ni á vuestro confesor. Podeis comprender ahora por qué he deseado tener esta entrevista con vos, y por qué os he descubierto el misterio del nacimiento de Esclarimonda. Habéis visto esas pruebas, estais convencido de que es la hija de Enrique de Borbon, y ahora voy á guardar los documentos en este cofre.

— Un instante, señora, yo os lo suplico, repuso el caballero reteniendo los papeles, mientras parecia recorrer ávidamente con la vista su contenido.

— Mañana tendreis mas tiempo de leerlos, dijo la reina; ahora, dirigid vuestros pensamientos hácia aquella que reclama mas inmediatamente vuestra atencion.

En aquel momento, y antes que Catalina pudiese tomar el paquete, quedó la cámara sumida en la mas profunda oscuridad. El enano se habia deslizado silenciosamente sin que le observasen los dos personajes, y á una señal de Rugieri apagó de repente la lámpara suspendida sobre sus cabezas.

— ¡Dadme las cartas! exclamó Catalina con ansiedad.

Al pronunciar estas palabras la reina sintió que la ponian en las manos un paquete, que creyó ser el que pedía.

De repente dejóse oír una música dulce y plañidera, sin que fuese posible determinar de dónde venia, y en

el mismo instante un suave perfume pareció embargar los sentidos del caballero, produciendo en él una agradable languidez contra cuya influencia era imposible luchar. A través de la densa nube de vapor que llenaba el cuarto, no era posible distinguir otra cosa que el fuego rojo del brasero, y la música haciéndose cada vez mas débil se extinguió al fin. Entonces el astrólogo pronunció en alta voz ciertas palabras mágicas; después oyóse acercarse al brasero, y se oyó por fin una especie de silbido semejante al que produce un flúido que se arroja al fuego. Nuevos torbellinos de humo se elevaron hasta el techo, desprendiendo brillantes chispas, y Rugieri, murmurando palabras ininteligibles continuó su encanto.

Durante un momento la oscuridad fué completa, y se oyó una nueva música mas dulce que la anterior, en tanto que un rastro deslumbrador de brillante luz atravesó el aire y fué á fijarse cerca del astrólogo. Vióse entonces que aquella llama brillante salía de una espada que tenia en la mano una figura de mujer cubierta con un traje luminoso, casi trasparente. Aquella figura, vista á través del vapor, parecia de una hermosura sobrenatural; en su mano derecha veíase la espada de que hemos hablado y en la izquierda un frasquito de cristal. Después de cantar algunas estrofas llenas de armonía, el espíritu ofreció el frasco á Rugieri, que lo recibió con señaladas muestras de respeto; y en el mismo instante la llama que partía de la espada desapareció de repente y se desvaneció el fantasma. Entonces Elberico trajo una cesta llena de diversos ingredientes mágicos, y Rugieri, cogiendo algunas yerbas ó raíces, las arrojó al brasero donde aquellas se inflamaron bien pronto. Nada faltaba al efecto fantástico de aquella ceremonia: el enano hacia mil cabriolas, el gato maullaba, Druida lanzaba mil prolongados aullidos, y la voz de Rugieri, ronca y medio sofocada por el humo, dominaba todos aquellos clamores.

Con su varita mágica, el astrólogo trazó entonces ciertas figuras en el suelo, y tomando un libro negro que le trajera el enano, leyó en alta voz una sentencia mística. Después cerró el volumen, y pronunciando la fórmula de su encanto, terminó evocando á la bruja.

Pronunciadas apenas las últimas palabras, dejóse oír un ruido sordo, y apareció ante el astrólogo la figura de una hedionda bruja. Sus revueltos cabellos caían en desorden al rededor del cuello y espaldas; su traje era sucio y sus facciones escuálidas y repugnantes. Por un momento permaneció con un brazo apoyado en su baston, y el otro, que parecia manchado de sangre, extendido hácia Rugieri.

— ¿De dónde vienes? la preguntó el astrólogo.

— Del conventículo de Montfaucon, contestó la bruja. ¿Quieres saber cómo hemos pasado la noche? ¿quieres que te diga lo que hemos hablado á la luz de la luna, cómo Satán nos ha servido de gaitero y cómo los muertos han bailado con nosotras? ¿Quieres saber qué filtros hemos preparado y qué venenos acabamos de confeccionar? ¡Ah, ah! espera.

Y con voz discordante, la bruja entonó una horrible canción.

Cuando hubo acabado continuó de este modo:

— Me has evocado; dime qué quieres y despacha. Astarot me ha llamado ya dos veces y á la tercera debo obedecer. Aquí hay mortales cuya presencia me contrista, y además deseo volver al conciliábulo, porque la caldera hierve y mis huesos están doloridos. Habla pronto y déjame marchar.

— ¡Hija de las tinieblas, vieja bruja! exclamó Rugieri con voz de trueno; ¿te parece que yo te haya evocado para oír tu maldita canción? Tu amo puede llamarte; pero tú estarás aquí todo el tiempo que yo quiera.

Al decir estas palabras, el astrólogo arrojó al rostro de la bruja cierto líquido que la hizo aullar de dolor.

— ¿Te quedarás ahora? preguntó Rugieri.

— ¿Qué quieres? preguntó la bruja con acento de cólera.

— Quiero la bebida, que tú sola, entre la raza del Tártaro, puedes preparar, dijo el astrólogo; el brebaje que cambia el amor en odio y este en amor. ¿Llevas ese filtro contigo? Si le tienes, dámele y puedes marcharte.

— Tengo otra cosa mejor que esa, contestó la bruja, sacando de su cintura un anillo de plata en forma de serpiente enroscada; te daré este circulo encantado; pero mira bien á quién se lo das. Tu regalo podria acarrearle una desgracia á tí mismo... ¡ah, ah!

— ¡Dámele! gritó Rugieri con impaciencia.

— ¡Ah, ah! exclamó la bruja; Astarot vuelve á llamarme; su voz es irritada; las brujas chillan... ¡ya voy!... ¡ya voy!... Toma ese anillo, tómale con la bendición de la bruja ó con su maldición, según tú quieras.

Y lanzando una horrible carcajada, la bruja desapareció.

Durante este tiempo, el caballero habia presenciado las ceremonias mágicas de Bugieri con la mayor impaciencia y aun con un poco de admiracion. Convencido de que todo aquello era un juego de charlatan, chocóle sin embargo la suma habilidad desplegada por el astrólogo en sus combinaciones, sorprendiéndole no menos la extension de sus recursos y la naturaleza de los medios empleados para hacer producir á sus imposturas el efecto apetecido. Pero al reflexionar que Rugieri se habia dedicado tanto tiempo al oficio de mágico y que la torre que habitaba se habia construido bajo su direccion, cesó su admiracion y ya no pensó mas que en terminar aquella escena. El tiempo trascurrido en la ceremonia le habia dado lugar para imaginar los medios de salir de la peligrosa situacion en que acababa de colocarse y de lle-

var á cabo el proyecto que tenia de hacer llegar á Esclarimonda los papeles relativos á su nacimiento. Quedóse algun tiempo sumido en una profunda meditacion, y de repente, ocurriósele que, aunque peligroso, era el único que ofrecia alguna probabilidad de éxito. Sacando un paquete de su ropilla, desatóse la banda, en cuyos pliegues colocó las cartas con el lazo de cinta que le diera Esclarimonda, y llamando á Druida, sujetóle aquella al rededor del cuerpo. Hecho esto, dirigióse hácia el astrólogo con el corazon alegre, en el momento que desaparecia la bruja.

— ¡Retiraos, caballero, retiraos! exclamó Rugieri; ¡atrás, ó pondreis en peligro vuestra alma! No penetreis en ese círculo mágico; la jóven es ya vuestra, tened paciencia un instante. Tomad este anillo, regalo de la bruja, que hará vuestro amor irresistible, y retiraos, ó de lo contrario, recurriré á mi arte para hacerme obedecer.

Así diciendo, Rugieri colocó el anillo en el dedo del caballero y dió una patada en el suelo. El caballero lanzó una exclamacion de impaciencia; pero en aquel momento sintióse coger la capa por detrás con tal vigor, que tuvo que retroceder involuntariamente algunos pasos. Llevando la mano á su puñal, iba á desbarazarse de su enemigo, que no dudaba fuese el enano, cuando de pronto notó que le soltaban, y corriéndose una cortina ante sus ojos, encontróse en un pequeño retrete donde estaba la veneciana profundamente dormida.

## XVIII.

## LAS DOS MÁSCARAS.

La desgraciada cantante reposaba en un miserable lecho sobre el cual una lámpara suspendida del techo lanzaba su vacilante resplandor. Su sueño sin embargo parecia fatigoso, y conociase que mas bien que natural, era debido al entorpecimiento que produce un narcótico. Sus negros cabellos caian en desorden sobre su espalda, y su sombrío color contrastaba de una manera notable con la extremada blancura de su cuello y garganta, en parte visibles á causa del desorden del traje.

Era su aspecto tan interesante, y habia algo tan irresistible en su hermosura, que el caballero sintió renacer todas sus simpatías por aquella desgraciada, conmoviéndose su corazon mas bien con un sentimiento de amor que de lástima. Esto ciertamente no era extraño, si se atiende á que la misma Catalina de Médicis, que no se fijara hasta entonces en los encantos de la veneciana, al mirar sus facciones con alguna atencion, quedó tan admirada de su belleza, que ya no le extrañó la extravagante pasion que inspirara á su ilustre adorador.

— ¡Por Nuestra Señora! exclamó la reina; esa mujer es mas hermosa de lo que yo habia creído. ¿Es posible que tan hechicera criatura haya nacido en una humilde condicion?

— Según el amuleto que tengo, parece que no, replicó el caballero.

— Permittedme examinar esa llave con mas atencion, dijo Rugieri adelantándose hácia ellos; acaso yo podré resolver la duda de S. M.

Y dirigiéndose al caballero añadió:

— Entre tanto os ruego tomeis este frasco; la jóven duerme, como veis, y haciéndola aspirar esto, su sueño se disipará al instante.

— Mas le valdria no despertarse nunca que despertar para la deshonra, murmuró el caballero tomando el frasco y dando á Rugieri la llave de oro. ¡Pobre niña! añadió mentalmente dirigiéndose al lecho; mis probabilidades de arrancarte de la persecucion y de lo que es peor que la muerte, son ahora muy pocas; pero probaremos. He jurado salvarte, y si no lo consigo, pereceré en la demanda.

Haciendo estas reflexiones, el caballero hizo uso del frasco que le diera Rugieri, y no tuvo que aguardar mucho tiempo el resultado. La veneciana entreabrió los ojos; mas al fijar su mirada en la negra careta del caballero, volvió rápidamente la cabeza, lanzando un grito de terror.

— ¡El todavía! exclamó. ¡Madre de misericordia, protegédme contra ese demonio!

Inclinóse el caballero sobre la desfallecida jóven y murmuró al oido su nombre.

— ¡Ginebra!

Estremecióse la veneciana al oír la voz del caballero, y temblando de pies á cabeza, se incorporó sobre el lecho, fijando sus ojos en el semblante de su interlocutor. En vano trató de penetrar con sus miradas á través de la careta, como si quisiera ver confirmadas sus esperanzas; apartó las negras trenzas de sus cabellos, pasóse la mano por la frente para coordinar sus ideas y exclamó:

— ¡Esa voz!... ¿estará soñando aun?... ¡esa dulce voz en ese hediondo fantasma!... Me parece haber oído pronunciar mi propio nombre por una voz tan armoniosa, tan tierna... no, esto debe ser un sueño. ¿Cómo podría conocer mi nombre? ¡Oh, estoy tan débil!

Al pronunciar estas palabras, dejóse caer de nuevo en el lecho. El caballero la miró con profunda lástima; pero no sabiendo si seria prudente hacerla conocer su plan hallándose en aquel estado de excitacion, juzgó prudente fingir de nuevo la voz, como habia hecho durante su conferencia con Catalina.

— ¿Por quién me tomáis, Ginebra? preguntó.

— ¿Por quién? exclamó la jóven. Os tomaba por un ángel de luz; pero veo que sois el espíritu de las tinieblas. Salid de aquí y dejadme; no me martiriceis mas con vuestra presencia. ¿Acaso no me habeis hecho sufrir bastante? ¿Habrá de ser la deshonra mi destino? ¡Jamás! He resistido á todos vuestros esfuerzos, á todas vuestras seducciones, á todos vuestros ruegos y violencias; y continuaré resistiendo. Aun puedo desafiar vuestro poder como os he desafiado en vuestro palacio de Mántua. El amor de una mujer puede ser pasajero; pero su odio es constante. Os aborrezco, príncipe, y sufriré mil muertes antes que ser vuestra.

Mientras que Ginebra hablaba, apercibióse por la primera vez del desorden de sus ropas, y su semblante, pálido hasta entonces como la nieve de las montañas, se puso encendido como la grana. Pintóse al instante en sus facciones la mayor indignacion y exclamó con acento de amargura:

— ¡Ah, caballero desleal! has conseguido penetrar en la habitacion de una jóven durante su sueño; pero si no sales de aquí al momento, juro por la Santa Virgen que arrancaré el vendaje de mi herida para exhalar á tus ojos el último suspiro. ¡Ah! ¿por qué no habré perecido al salvar á Crichton?

— ¿Amáis, pues, á Crichton con tanta abnegacion? preguntó el caballero.

— ¡Que si le amo! repitió Ginebra; le amo como á Dios y sus santos, y tanto como á ti te aborrezco. Sí, le amo apasionadamente: él es mi vida, mas que mi vida. Compréndeme bien, tú, cuyo sombrío corazon no puede conciliar el amor sino con el deseo. Crichton es el ídolo de mi alma, es mi dios; yo no aspiro á su amor ni á que me corresponda; me satisface amarle sin esperanza. Para mí hubiera sido una felicidad morir por él; pero puesto que no he podido, no pienso vivir para otro.

— Entonces vivid para él, dijo el caballero en voz baja, hablando con su voz natural.

Decir el efecto producido en la veneciana por aquellas palabras y aquel cambio de voz, seria imposible. Pasóse la mano por los ojos, y mirando al caballero con inquietud y asombro, exclamó fuera de sí, como si su vida hubiese dependido de la respuesta que esperaba:

— ¿Es verdad?

— Sí, contestó el enmascarado.

La jóven dejó caer su cabeza sobre el hombro del caballero, con gran sorpresa de Catalina, que pareció tan admirada como el astrólogo.

— Tu encanto va produciendo su efecto, dijo la reina; la jóven se ablanda.

— ¡Maldicion! gritó furioso Rugieri.

— ¡Cómo! ¿no estás satisfecho de tu propia obra? preguntó Catalina con sorpresa; tú estás loco.

— Por eso mismo estoy loco, replicó Rugieri. Mi buena señora, continuó, arrojándose á los piés de la reina, que le miraba con creciente admiracion; siempre os he servido fielmente...

— Vamos al hecho... ¿qué deseáis?

— Os pido una gracia en recompensa de mis largos servicios; un pequeño favor, señora.

— Habla.

— No permitais que esa jóven salga de aquí esta noche, ó si es preciso que salga, permitidme que la acompañe.

Catalina, sin contestar, hizo una seña con la mano, y el enano, obedeciendo á la seña, se precipitó hácia la trampa.

Volvamos ahora al caballero.

Sus esfuerzos y dulces palabras hicieron volver en sí á la veneciana, que desprendiéndose dulcemente de su brazo, y bajando sus hermosos ojos como si temiese encontrar su mirada, le dijo con voz confusa:

— Dispensadme, noble caballero, por las palabras que pronuncié antes. Mis labios han revelado el secreto de mi corazon; pero os juro por mi alma que no hubiera dicho nada si hubiese creído que podiais oírlo.

— No necesito que me lo asegureis, hermosa Ginebra, replicó el caballero, y lo único que me aflige es pensar que amáis á un hombre que no puede corresponderos sino con la ternura de un hermano. Pero escuchadme; con esta llave podreis llegar, por la galeria subterránea, hasta el palacio de Soissons. Una vez allí, la evasion os será fácil, y cuando hayais salido, esperad fuera de los muros, junto á la iglesia de San Eustaquio. Si dentro de una hora no me he reunido con vos, id mañana temprano al Louvre y preguntad por Esclarimonda; ¿os acordareis de ese nombre, Ginebra?

— Me acordaré, contestó la veneciana, cuyo corazon le sintió oprimido por los celos.

— La encontrareis entre las damas de honor de la reina Luisa; entregadla este papel.

— Está manchado de sangre, dijo Ginebra recibiendo la carta.

— La he escrito con la punta de mi puñal, contestó el caballero; ¿se la llevareis?

— Sí.

— Y ahora, continuó el caballero, reunid toda vuestra energía, hermosa Ginebra, pues debéis salir sola de esta habitacion.

— ¿Y vos?

— No os cuideis de mí: una existencia mas preciosa que la mia, depende de esta carta y de vuestra evasion. Me habeis dicho que me amáis, dándome á conocer vuestra abnegacion; pero aun os pido otra prueba. Sea lo que quiera lo que veais ú oigais, es preciso no deteneros cuando yo os mande partir. ¿Teneis un puñal? ¡ah!...

(Se continuará.)

## Nuestra Señora de Paris.

I.

HISTORIA DEL MONUMENTO.

Es imposible pronunciar el nombre de esta antigua iglesia sin acordarse involuntariamente de una novela célebre que por cierto no ha dejado de ejercer algun influjo en su destino. La Esmeralda, Febo, Claudio Frollo y sobre todo Cuasimodo, aquel campanero jorobado, tuerto y cojo, nos aparecen siempre en lontananza. Quizás chocará que hablemos aquí de una novela á propósito de cosas tan materiales y positivas como la restauracion completa que se ha hecho de esta iglesia; pero el caso es que la novela en cuestion produjo el inmenso y sólido resultado de llamar la atencion hácia la hermosa catedral, á cuyo frente pasaba una generacion sin mirarla mucho, habiendo sido educada en un culto un poco exclusivo de los recuerdos antiguos y de la arquitectura pseudo-griega y romana.

Gracias pues á la animada y poderosa creacion de Victor Hugo, se despertó la aficion á la edad media y al estilo gótico. El ilustre Walter Scott habia operado ya en Inglaterra una reaccion análoga en favor de las antigüedades nacionales, y así fué que las dos naciones se dieron la mano para conservar por todos los medios posibles los preciosos restos de un arte que tenia hondas raíces en ambos suelos. ¿Qué son, en efecto, la mayor parte de los monumentos elevados en los países setentrionales desde hace mas de dos siglos, sino una perpétua copia, una repetición monótona, pero casi siempre desnaturalizada de los monumentos de Atenas ó de Roma? Ahora bien: ¿qué analogía de clima, de usos, de religiones, puede motivar tan sempiterno plagio? En la mayor parte de nuestros edificios modernos se necesitaria escribir como en el puente de no sé qué aldea: « Este monumento ha sido hecho aquí, » para que uno no se crea en algun distrito del Peloponeso ó del Latium. La arquitectura gótica, cuyo origen es céltico y no morisco ó sarraceno, como se ha repetido á menudo, es un producto natural de este suelo, y las melancolías del cristianismo se complacen mas bajo esas oscuras bóvedas, alumbradas por la misteriosa luz de las vidrieras pintadas, que bajo esas basílicas luminosas y risueñas donde el ojo busca involuntariamente la imagen de alguna blanca diosa cortada en el Pentélico.

Como todo lo que es efecto de una moda, la aficion á lo gótico cayó en extrañas aberraciones; pero á vuelta de esto, hubo jóvenes estudiosos y graves, que á fuerza de trabajo lograron descubrir las tradiciones de esta noble arquitectura que hacia tantos años estaba olvidada, hasta que por fin han salido arquitectos tan capaces de construir catedrales góticas, como Mauricio de Sully y Erwyn de Steinbach.

A esto se dirá quizás que por qué se ha de copiar y de imitar eternamente; pero á nosotros nos parece que es bueno que, hasta nueva orden, la arquitectura se abstenga de inventar y se mantenga cuidadosamente en la via providencial de critica y de arqueología en que entró hace algunos años. Las épocas demasiado preocupadas de un estilo reinante, reparan y restauran por completo todas las cosas, sin tener en cuenta lo que fueron antes. Por ejemplo, el monumento de que nos ocupamos hoy ofrece en su construccion la fecha de tres siglos que le han continuado cada uno á su antojo, y en sus antiguas restauraciones tiene las señales de dos épocas nada inteligentes.

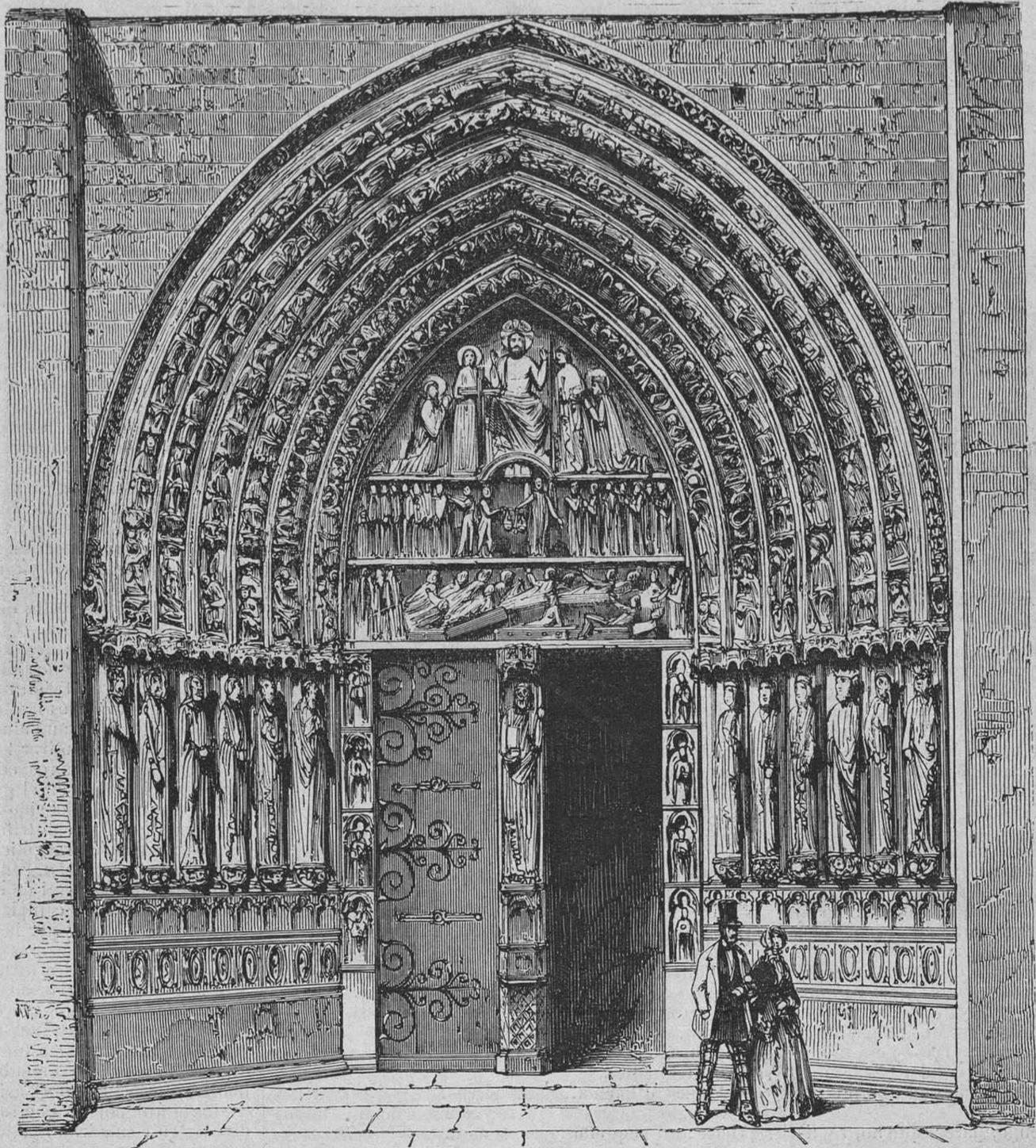
La parte mas antigua de Nuestra Señora fué edificada por Mauricio de Sully en la segunda mitad del siglo XII. Anteriormente á él, las construccion no habian llegado mas que al nivel del suelo, y á su muerte, acaecida en 1196, dejó 5.000 libras para cubrir la techumbre con plomo, lo que prueba que en aquella época la construccion estaba terminada. La iglesia de este santo obispo forma el cuerpo principal de la catedral de Paris, y es fácil distinguirla aun, no obstante la riqueza de ornatos con que la envolvieron en los siglos XIII y XIV. En el siglo XIII se levantó la magnífica fachada occidental, esto es, la parte mas hermosa y completa del monumento. El estilo de esta fachada rebosa grandeza y unidad, y la similitud de los perfiles que decoran de arriba abajo de las torres este magnífico frontispicio de piedra, no puede dejar duda sobre que fué construido sin interrupcion.

Un hecho bastante extraño y que puede observarse en Nuestra Señora, es que nada se añadió á esta iglesia ya tan completa, en los siglos XV, XVI y XVII.

Las gruesas columnas redondas interiores, las galerías superiores del coro y las grandes partes de muros elevadas sobre estas galerías, pertenecen á la construccion primitiva. Entonces estos muros tenian ventanas menos largas que las que hoy se ven, aunque hayan conservado sus columnillas y arcos antiguos. Dos de estas ventanas existen aun á la entrada de la nave. Por su elevacion sobre las galerías, habian permitido la construccion de un último piso del que se ven señales á lo largo del muro de la torre: aquí estaban los delanteros en punta. Esta disposicion mas sencilla que la actual dejaba interiormente sobre los arcos de las galerías superiores, un gran espacio vacío destinado quizás á recibir pinturas.

El coro conserva sobre la cornisa actual un ancho cinturón de casillas anejas á la construcción primitiva. En cuanto á los arcos, se hallaban probablemente como los dos que aun existen contra los muros del coro por el lado del Mediodía, cubiertos de losas; pero sea que faltaran fondos, ó que cambiara el arquitecto, lo cierto es que despues de la muerte de Mauricio de Sully las galerías superiores no fueron terminadas.

Abramos un paréntesis antes de proseguir esta relación histórica para figurarnos el aspecto que habria tenido el monumento si se hubiese seguido el plan primitivo. Encontrándose mas pequeñas las ventanas de la nave y del coro, y penetrando la luz por un sitio mucho mas alto, habria ganado mucho la impresión misteriosa é imponente del monumento. Además, habiendo sido dobles en su profundidad las galerías superiores, en lugar de ser sencillas como ahora, este mismo interior que nos parece desnudo y un tanto mezquino, habria tenido la amplitud que le falta. Al exterior esos botarales desmesurados que parecen las espigas de un pez gigantesco, habiéndose escondido en el piso de remate, ó estando divididos en su caída, habrian perdido la chocante desproporción que ofrecen á la vista. Pero ya hemos dicho que es muy raro que un monumento de la importancia de Nuestra Señora de Paris, se haya continuado hasta el fin en su plan primi-



Nuestra Señora de Paris. — Puerta del Norte de la fachada principal.

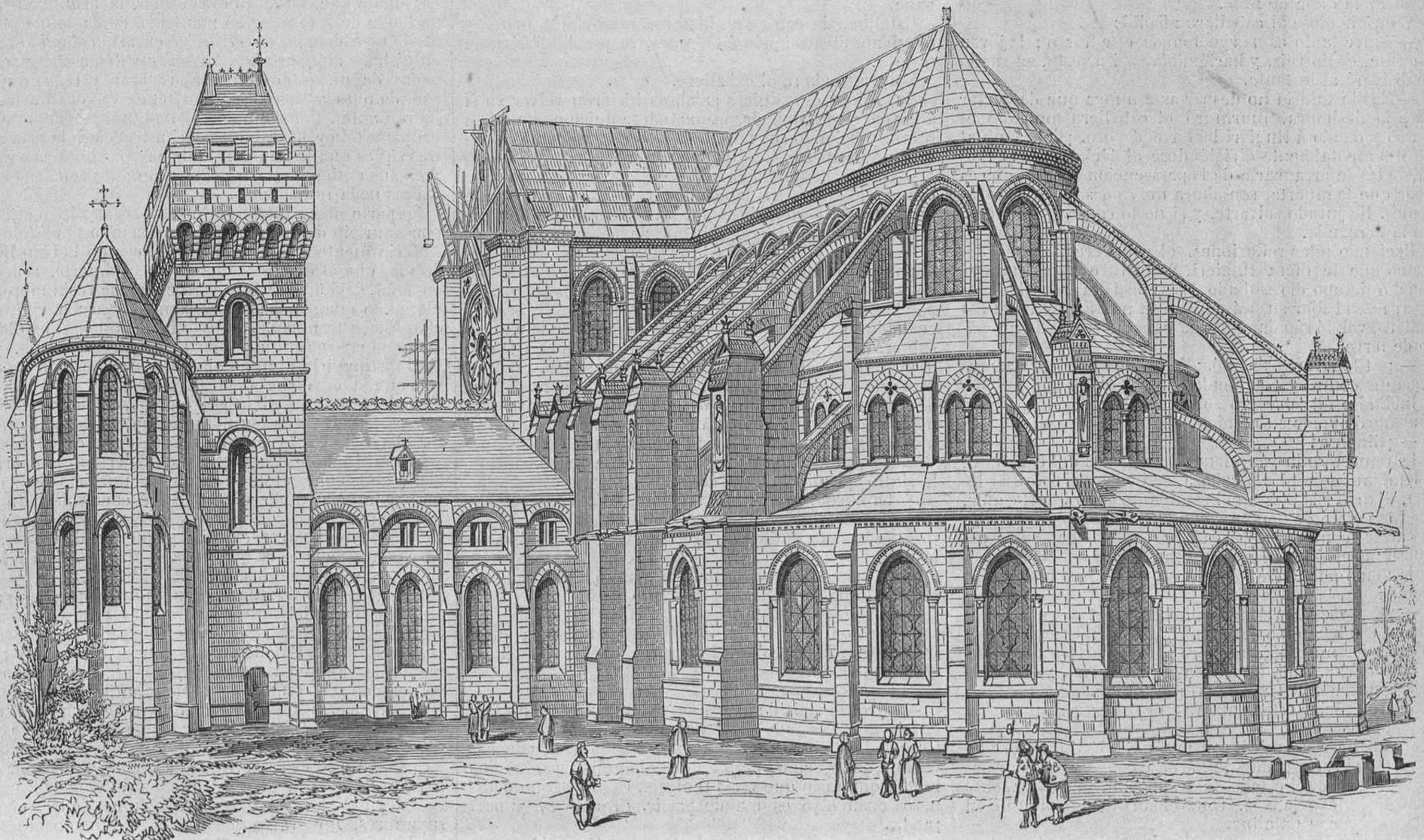
tivo: cada generación se empeña en dejar su marca, sin respetar las indicaciones dejadas por los antecesores.

Continuemos nuestra historia. Esta primera construcción de la iglesia de Nuestra Señora desde 1161 á 1196, año de la muerte de Mauricio, presenta este hecho notable, que en todo ese período se puede seguir una de las transiciones mas curiosas del arte cristiano.

El coro, por el cual el obispo fundador comenzó su obra, se muestra ya con el carácter gótico. Una particularidad interesante fija la fecha de la hermosa fachada occidental. Lebaeuf nos dice que en 1218 destruyeron la antigua iglesia de San Estéban que incomodaba para la construcción de la parte meridional de la nueva basilica, y que el bajo-relieve del tímpano de la puerta de Santa Ana sobre la fachada de Nuestra Señora, proviene de esta antigua iglesia así como las estatuas que adornaban el átrio de esta puerta antes de 1793.

El año de la demolición de la iglesia de San Estéban y la colocación de las figuras que la adornaban en la puerta de Santa Ana, nos dan la fecha positiva de la construcción de la fachada occidental de Nuestra Señora, lo que, por lo demás, concuerda perfectamente con el carácter arquitectónico de esta fachada. Desgraciadamente, de las estatuas que adornaban esta puerta, no queda mas que la de San Marcelo, restaurada torpemente en 1818.

El estilo del siglo XIII,



Estado del coro de Nuestra Señora y del arzobispado, despues de la muerte de Mauricio de Sully (últimos años del siglo XII).

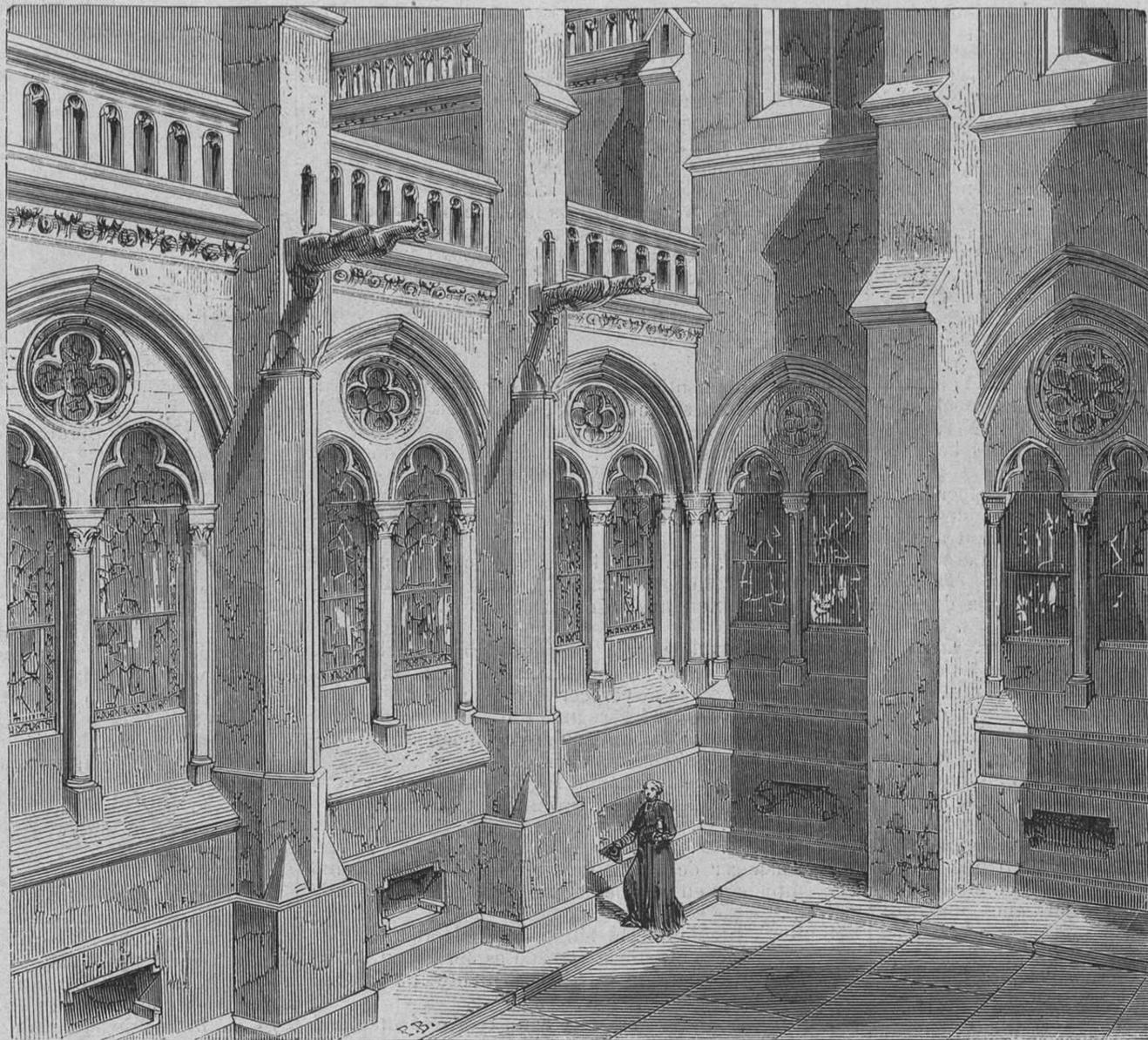
esto es, el mas hermoso y puro de toda la era gótica, se encuentra tambien en la cornisa grande que da la vuelta al edificio y en los estribos de la nave.

La flecha de madera revestida de plomo que se elevaba en lo alto sobre el crucero, debia ser de la época de la fachada, á juzgar por los dibujos contemporáneos.

En la segunda mitad del siglo XIII comenzaron las graves modificaciones introducidas en el plan de Mauricio de Sully, y muy luego siguieron las innumerables mutilaciones que han desnaturalizado la primitiva concepcion del monumento y vinieron á ser para él una causa de constante ruina.

En primera línea merece contarse el ensanche desmesurado de las ventanas, que obligando á modificar todo el sistema de techumbre de las galerías, mantiene sobre la armadura de las bóvedas una humedad eterna.

En 1257, bajo el reinado de San Luis, Regnault de Corbeil, obispo de Paris, hizo elevar ó rehacer por maese Juan de Chelles, la portada meridional del crucero, lo cual consta en una curiosa inscripcion que puede leerse todavía.



Nuestra Señora de Paris restaurada. — Patio del claustro de la nueva sacristia.

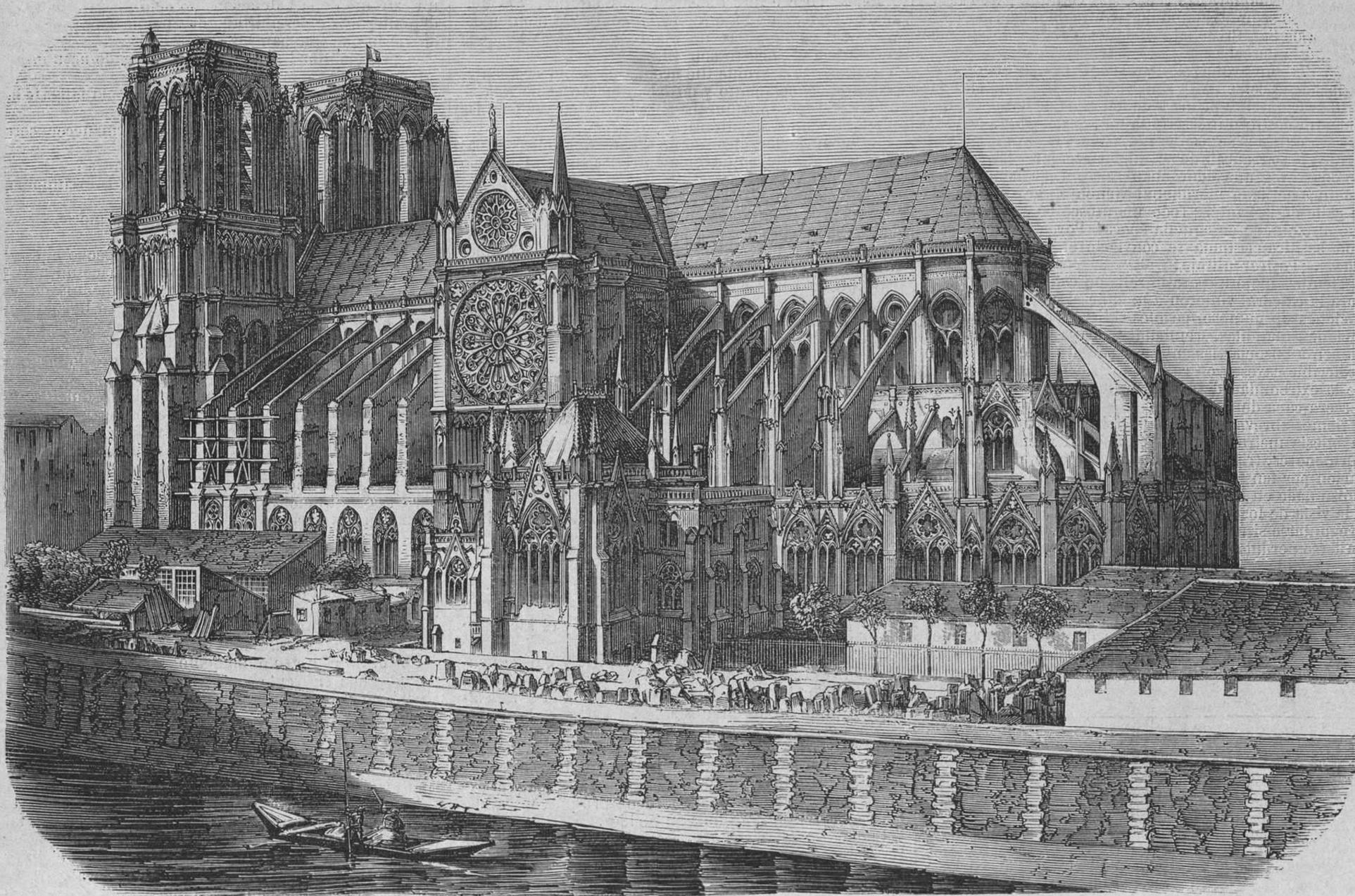
Hasta 1270 las naves laterales de la catedral no tuvieron capillas, lo que era á la vez mas grandioso y mas sencillo. Juan de Paris, arzobispo de Soissons, que falleció en 1270, legó cien libras para elevar estas capillas que levantaron entre los contrafuertes y adornaron exteriormente con delanteros en punta y con estatuas.

La portada septentrional fué edificada poco tiempo despues que la del Mediodia, y la construccion de la puerta encarnada debe ser de la misma época.

Las capillas que dan la vuelta al coro, así como las ventanas, son de principios del siglo XIV. En el dia no queda mas que una parte de los bajo-relieves que adornaban el contorno del coro. Una inscripcion colocada por la parte Norte, encima de una figura arrodillada, marca la fecha de estos cuadros característicos.

Hé aquí lo que dice :  
 « Maese Juan Ravy,  
 » que fué albañil de  
 » Nuestra Señora de  
 » Paris durante veinte  
 » y seis años, comenzó  
 » estas nuevas historias  
 » que concluyó maese  
 » Juan Bouteiller en el  
 » año MCCCCLI. »

En el P. Dubreul y en un curioso documento fechado en 1699 y redactado con motivo



Vista general tomada por el lado de la nueva sacristia.

de la demolición del antiguo altar mayor, se hallan noticias precisas é interesantes sobre la disposición de este altar, así como también sobre la urna de San Marcelo y el altarito que tiene detrás.

Tres siglos trabajaron en la conclusión de esta reina de las catedrales de Francia, tres siglos sembraron á manos llenas en este monumento el arte y la ciencia que poseían. Así se logró completar la obra comenzada por el piadoso obispo Mauricio de Sully. ¿Por qué no se ha conservado? Desde el siglo XIII se emprende en la iglesia de Nuestra Señora una serie de embellecimientos que consisten en cambios y mutilaciones. Desde esa época no son los años y las intemperies los que destruyen esa obra, sino las manos de los hombres. Cuando se enumeran esas destrucciones, no se comprende cómo han podido quedar tan bellos vestigios del antiguo edificio. Júzguese si no por esta rápida enumeración.

En 1699 Luis XIV, para ejecutar el voto de Luis XIII, rompe el bajo-relieve del *rond-point*, destruye el antiguo altar mayor, las sillas labradas del siglo XIV, é incrusta en el pesado revestimiento que vemos hoy, las hermosas columnas del coro.

En 1723 el cardenal de Noailles manda rehacer interiormente la rosa y los campanarios del Mediodía, modificándolo todo, perfiles y ornatos. También destruye el antiguo coro alto y le reemplaza una maciza decoración que fué arrancada en 1789.

Hacia la misma época se da la primera capa de pintura.

En 1741 echan abajo las vidrieras pintadas. En 1753 el cabildo de Nuestra Señora manda romper los cristales del santuario, de los que habla el P. Dubreul como de una maravilla. El ejecutor de las altas obras del cabildo, un tal Leviel, autor de un tratado histórico y práctico sobre la pintura en cristal, se mostró tan orgulloso de su hermosa obra, que consistió en reemplazar las antiguas vidrieras con vidrios blancos que derriban una luz fría y pálida en la catedral, que sintió la necesidad de transmitir su nombre á los siglos futuros en una larga inscripción pintada en una de las ventanas, y que acaba de este modo: «Todo ello hecho y pintado por Pedro y Juan Leviel, hermanos, maestros vidrieros en París.»

¿Qué quiere decir esto de pintado?

Finalmente, como para dar á la pobre catedral el golpe de gracia, llegó el arquitecto Soufflot en 1771. No contento este con haber pegado en 1756 una fea sacristía á la fachada del Mediodía, practica en la portada del centro una horrible ogiva, destruyendo, para consumir esta profanación, la figura de Jesús, y mutilando el hermoso bajo-relieve del Juicio Final; cuyos restos se ven á los lados de la puerta.

En 1773 el arquitecto Boulland suprime toda la decoración interior del muro de las capillas de la nave, por el lado meridional, y la reemplaza con una pared lisa.

En 1780 segunda mano de pintura, destrucción de la estatua de San Cristóbal, colocada delante del primer pilar, á la derecha.

En 1787 un arquitecto llamado Parvy se encarga de la fachada occidental y simplifica sencillísimamente las restauraciones. Suprime todo aquello que le importuna, hace un destrozo indescriptible.

Pero aun no hemos llegado al fin.

En 1789 arrancan de sus nichos seculares las estatuas de los reyes que adornaban esta misma fachada. Las estatuas del lado meridional vienen á ser esquinas de la calle de la Santé. ¡Todo un museo de preciosidades fué diseminado en aquella época! Por último, la antigua basílica cristiana se convierte en el *Templo de la Razon*. ¡Postrer ultraje!

Tiempos mejores para la religion católica, aunque no para la catedral vinieron á modificarla todavía. Restauraciones sin nombre, pegotes ridiculos é inútiles, mutilaciones inauditas, remiendos de yeso y de madera, vienen á ensuciar las antiguas paredes que habria sido preferible cayesen en ruinas. En 1820 tapan la ventana de la extremidad del coro, y á todo esto la aplican una tercera capa de pintura.

Hemos abreviado lo mas posible este martirologio de la iglesia metropolitana, pasando en silencio muchos pormenores, tristísimos para el que posee alguna veneración por tan sagrados monumentos. Y todo esto se ha consumado en la capital de la Francia, á la luz del dia, á la vista de los hombres mas ilustrados. Hay razon para preguntarse si no habria sido mejor para esta iglesia el hallarse perdida en alguna provincia lejana, donde hubiese podido envejecer en paz, al abrigo de los caprichos de los reyes y de los arquitectos, en su soledad y en su fuerza, ó al menos en su majestad secular y en la poesía de sus ruinas.

Sin embargo, no desesperemos de su porvenir, pues al cabo la hora de su resurrección estaba cerca.

(Se concluirá.)

F. B.

## La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuación.)

— Sí, os perdonará; don Gil os ama, y ha sufrido mucho: le contemplareis encorvado por el peso de sus

padecimientos; Alberto, aunque enfermo y pálido también, le sirve de báculo y le sostiene, de esta manera ocupa vuestro lugar y cumple por vos uno de los deberes que debíais desempeñar.

A una seña del doctor, Marta se precipitó gritando hacia Clementina:

— ¡Ya están aquí!... ya están aquí, hija mia; miralos, Alberto y el abuelo.

Al propio tiempo se sintió un ruido sordo.

El médico exclamó con voz vibrante:

— Miradlos; la tempestad os los arrebató, y la tempestad los vuelve á vuestros brazos.

Clementina, con la vista fija y los brazos extendidos, se quedó estática ante la aparición de Alberto y de don Gil, que acompañados de Inés y de Tirso, formaban un grupo que iluminaba de lleno la esplendente luz de cien bugías.

— Ellos son, ¿los reconoces?

Empero Clementina no pudo sufrir tan fuerte sensación, y sin contestar al médico, cayó en sus brazos desmayada.

— ¡La hemos asesinado! gritó don Gil precipitándose hacia ella.

— De esta prueba debia resultar su salvación ó su muerte, dijo el médico, aun no sabemos lo que acontecerá.

En seguida, vertiendo el licor que contenia un frasco de cristal en los labios de Clementina, hizo que la abrigasen bien trasladándola con el mayor cuidado al carruaje.

Cuando se volvieron á buscar á Alberto, halláronle oprimiéndose el pecho con las manos y con la calma de la muerte en su al parecer sereno semblante.

— ¿Os sentís mal? le preguntaron.

— Estoy bien: llevadme, quiero acompañar á mi hermana... murmuró con voz débil.

Un golpe de tos le impidió seguir hablando, se llevó el pañuelo á la boca y le retiró manchado de sangre.

Al amanecer del siguiente dia, un cuadro tristísimo contemplábase en una de las habitaciones de la casa de don Gil.

Sin embargo de que la ténue luz de la alborada penetraba por las entreabiertas maderas del balcon, hallábase iluminado el aposento por la brillante luz de ocho bugías colocadas en candeleros de plata.

En un divan forrado de raso azul, estaba Clementina, que aun no habia vuelto de su desmayo. Enfrente y en un sillón, hallábase Alberto, pálido, cadavérico, y con los ojos animados de un brillo febril como si en ellos se hubiese concentrado todo el calor de su existencia. Su mirada no se apartaba un solo instante del nacarado rostro de Clementina, como aguardando con ansia el momento en que despertase de tan profundo letargo.

Marta, Tirso é Inés rodeaban á los jóvenes, y el médico acudia de uno á otro volviendo á cada momento á la alcoba, donde sobre un blanco y suntuoso lecho se encontraba el anciano don Gil.

Al salir de la ermita fué acometido de un accidente, perdió el conocimiento y no daba esperanzas de vida.

Un sacerdote murmuraba á su lado y en voz baja las oraciones de los agonizantes.

— Señor doctor, el pulso de Clementina late con mas violencia; dijo Inés que tenia entre las suyas una mano de su inanimada amiga.

El médico acudió al momento, se sentó en el divan, hizo incorporar á la enferma, y sosteniéndola entre los dos, aplicó á su nariz una esencia que debia ser fuertísima, porque inmediatamente abrió los ojos fijándolos con asombro en su derredor.

Su primera mirada se clavó con escrutadora insistencia en Alberto; éste, queriendo quizá fascinarla con el magnetismo de la suya, la sostuvo algunos segundos.

En aquel instante el hermoso semblante de Clementina se iluminó con la luz de la razon, las ideas acudieron á su mente y recordando lo pasado exclamó tendiendo los brazos:

— ¡Ah, no era un sueño!... ¿eres tú, Alberto?...

— Yo soy, hermana mia.

— ¡Ah, Dios mio, Dios mio! gritó la joven ahogada por los sollozos y rompiendo en un llanto copiosísimo y bienhechor.

— ¡Está salvada! gritó el médico.

— ¡Llora, querida mia! llora en mi seno; repuso Inés con indecible ternura.

— ¡Tú tambien, mi querida Inés!

— ¿Me reconoces?

— ¡Sí, sí; y á Marta y á Pedro!... gritó sin dejar de llorar y estrechando á todos con efusion.

Las puertas del dormitorio se abrieron y el sacerdote dijo desde el umbral:

— Don Gil ha oido el grito de su nieta y quiere bendecirla.

— ¡Mi abuelo! gritó la joven precipitándose á la alcoba seguida de los circunstantes.

Alberto apoyándose en Tirso tambien se acercó al lecho funerario.

Don Gil estaba en la agonía; aunque habia perdido la facultad de hablar, la elocuencia de su mirada y el expresivo movimiento de su mano, demostró que conservaba los demás sentidos en toda su lucidez.

Clementina y Alberto se acercaron, y poniéndose de rodillas sintieron la helada mano del moribundo sobre su cabeza; era su postrera bendición que quiso articular su labio, pero del cual solo salió un sonido inarticulado y ronco, al que siguió el estertor de la agonía.

Poco despues señalaba al cielo con la mano, y besan-

do con fervor un crucifijo exhaló el último suspiro.

Clementina, predispuesta á llorar, siguió derramando un llanto copiosísimo, que fué para su oprimido corazón un rocío benéfico, fué el bálsamo salvador que la iluminó su mente con la espléndida luz de la razon.

LXXII.

EPÍLOGO.

I.

Apenas trascurrido un mes del fallecimiento de don Gil, hallábase en una estancia del palacio de Valle-Real, el joven y moribundo marqués, rodeado de su triste hermana y de sus leales amigos.

Las brisas de octubre comenzaban á despejar los arbustos de su pomposa hojarasca, que formando caprichosos giros, alfombraban el valle, concluyendo por caer en el rio siendo arrebatadas por su rápida y espumosa corriente.

Estaba el sol próximo á ocultar su luminoso disco en occidente, sus últimos y pálidos destellos vertian una luz diáfana y melancólica en el tapizado aposento del enfermo.

¡Tristísimo era el cuadro que se ofrecia á los ojos del espectador! y amargo y cruel debió ser para Clementina que presenciaba impasible aquella agonía lenta y prolongada, aquel dulce gemido del infeliz Alberto, que poco á poco y con la santa resignación del buen cristiano, iba perdiendo los contados instantes de su preciosa existencia.

Para mas comodidad, habíanle colocado en un sillón donde, rodeado de almohadas, descansaba mucho mejor que en el lecho.

Inés, arrodillada á sus piés, le presentaba una hermosa imagen de la Virgen, y recitaba en voz baja una plegaria, que Alberto con la mas pura contrición repetia con dulzura.

Clementina, con las manos unidas, el cabello tendido sobre la espalda y la mirada brillante, contemplaba á su hermano con impasible calma, y se resistia á los esfuerzos del médico y de Tirso que pugnaban por llevársela á otra habitación, conociendo que al marqués le restaban pocos momentos de vida.

— ¡Oh, no! dejadme aquí.

— Señora, salid; os lo rogamus.

— Nunca, Tirso; prometo permanecer á su lado hasta recoger su último suspiro.

— Esa resolución puede alterar vuestra salud.

— No lo creas; yo de todos modos le seguiré muy en breve á la tumba.

Aunque estas frases pronunciábanse en voz baja y en un extremo de la habitación, no dejó el perspicaz oído del enfermo de percibir alguna, por lo cual comprendió de lo que trataban sus amigos.

— ¡Clementina! murmuró con apagado acento.

— ¡Hermano mio! aquí estoy.

— Deseo que te retires á descansar; tanta fatiga te hará daño.

— ¡Oh, no! mi único anhelo es permanecer cerca de tí.

— ¿Pero sabes el destino que me aguarda?

— Sea el que quiera, me fendirás á tu lado cumpliendo mis deberes de hermana.

— Sea, pues, mas no olvides que voy á morir.

— No pienses en eso.

— Sí, hermana mia; ya siento en mi pecho el estertor de esta agonía que estoy sufriendo hace un mes, y el frio de la muerte penetra hasta la médula de mis huesos. Dame la mano, y no te asuste su helado contacto.

Clementina, arrodillándose junto á Inés, asió las manos de Alberto; gruesas lágrimas rodaron á lo largo de sus mejillas.

— Llora, hermana mia, llora; el llanto dulcifica los mas acerbos dolores, y yo quiero que desahogues tu pena, que te consueles, y despues que seas feliz en este mundo. Solo te pido un recuerdo: que cubras alguna vez de flores mi triste tumba, ¿me lo prometes?

— ¡Oh, sí! dedicaré las mañanas á la oración rogando por tí, por mi madre y mi abuelo; las tardes las emplearé en llevar coronas á vuestros sepulcros.

— ¡Reza tambien por nuestro padre!

— Rezaré para que Dios le perdone el mal que hizo á mi desgraciada madre.

Alberto habia hecho un penoso esfuerzo para hablar, y dobló abatida la cabeza sobre el pecho; así permaneció algunos instantes, luego se retuvo y continuó dirigiendo á todos las frases mas dulces y consoladoras.

No perdió ni un solo momento sus facultades, y cuando apoyando la frente en el hombro de su hermana, rindió su espíritu al Señor, todos le creyeron dormido.

La tranquilidad y la hermosa paz del que muere con la conciencia del justo, se retrató en sus facciones.

Con el último fulgor del vespertino crepúsculo, voló su alma á la mansion eterna.

Las aves de la selva la despidieron con su concierto, el rio con su lánguido murmullo, y las brisas de la tarde con su plácido rumor.

Sus amigos lloraron en silencio, elevando al cielo fervientes preces por el eterno descanso de su alma.

Clementina sufrió aquel tremendo golpe con la resignación mas evangélica; lloró en silencio y no se apartó del cadáver de su hermano hasta que hubo cumplido

para con él todos los deberes que la religion prescribe.

Todos la creyeron completamente curada, atreviéndose á presagiarla un porvenir risueño; empero aquella calma era la mensajera de la muerte. La desdichada jóven estaba herida en el corazon, y su triste vida no podia prolongarse mucho tiempo.

## II.

## CONCLUSION.

Dos años despues de la muerte del marqués, y en una fresca y apacible tarde de octubre, hallábanse en el palacio de Valle-Real casi todas las personas que amaban á Clementina.

Inés y Tirso, llevando de la mano un hermoso niño, dulce fruto con que el Señor habia coronado su himeneo, se paseaban á lo largo de una calle de rosales, sosteniendo una animada conversacion.

Marta y Pedro los seguian á una distancia regular. En las gruesas facciones de los leales criados, veíase impresa la mas profunda tristeza.

— ¡Ay, querido Pedro! decia Marta llorando, tambien ella nos abandona.

— No puede menos de morir; la vida que hace, no es para durar muchos años.

— ¡Pobrecita! de dia en dia se la ve palidecer, y desde que no llora he visto adquirir á sus facciones una expresion que no tenian.

— Ella con la resignacion de una santa habla de su muerte, y se manifiesta satisfecha.

— Sí, y es mucho su valor; ayer nos decia á doña Inés y á mí: «Quiero que el dia de mi muerte me pongais este traje blanco y esta corona de flores.»

— ¿No es el que lleva puesto?

— Sí, por un capricho singular me le pidió esta tarde, yo me admiré viendo que se lo ponía, y preguntándola dónde iba, me contestó:

— Al panteon; ¿no lo sabes? voy á rezar como siempre.

La conversacion de Inés y Tirso, aunque comenzó de otra manera, llegó á tomar el mismo giro que la de Marta y Pedro. Oigamos lo mas interesante para nuestra narracion.

— ¿Y qué piensas hacer de tu pobremadre? dijo Tirso á su esposa.

— Yo por mi gusto, y si tú apruebas mi pensamiento, la haré venir á nuestro lado. Gracias á Dios con la bonita y saneada hacienda que el marqués nos cedió como regalo de boda, podemos ofrecerle una existencia independiente, cómoda y tranquila.

— Sí, querida mia; hazla venir, su ancianidad necesita el amparo de nuestro cariño, y al lado de Dolores solo tendrá disgustos, porque el perverso carácter de esta hija desnaturalizada no puede proporcionarle ningun momento de felicidad.

— El caso es que se vendrá ella tambien.

— No importa; yo haré que nos respete, y ó tendrá que reprimir su envidia y sus malos instintos, ó sufrir el desprecio de todos.

— Quiera Dios que se enmiende; si esto no sucede, preveo un fin funesto para la desgraciada.

— ¡Mamá, sentar, sentar aquí!... gritó el niño con su balbuciente idioma infantil, y haciendo con esto variar de giro la conversacion que sostenian los padres.

— Sí, hijo mio, nos sentaremos; y precisamente has elegido el mejor sitio; desde aquí vemos el panteon y no perdemos de vista á Clementina.

— ¿Y sabes que su rezo dura esta tarde mucho tiempo? dijo Tirso.

— Es verdad; hace mas de dos horas que bajó. ¡Ah! yo preveo una catástrofe; yo no puedo vivir con semejante vida, es imposible. Cuidado que se necesita mucha constancia y un temple de alma como el suyo, para alimentar dia por dia ese dolor grave, inmenso, pero tan resignado, tan melancólico, que no admite lenitivo ni consuelo de ninguna clase.

— Hubiera sido mejor verla loca, que sufriendo ese padecimiento prolongado y continuo que va minando su existencia, su salud, y robando el color á sus mejillas y la animacion á sus ojos.

— ¡Pobrecilla! cualquiera al verla diria que es la sombra nada mas de aquella jóven tan esbelta y gallarda en otro tiempo.

Clementina, en tanto que sus amigos la aguardaban en el jardin, se dirigió al panteon de la ilustre familia de Villa-Real, en el cual, por disposicion de Alberto, se habian depositado los restos mortales de don Gil, los de la desgraciada Elisa, madre de Clementina, y despues los suyos.

Desde que la noble y desdichada niña quedó sola en el mundo, acudia todas las tardes, y ante los sepulcros de los tres, oraba largo rato, dejándolos adornados de frescas y perfumadas flores.

Hallábase iluminado el panteon por la trémula luz de una lámpara de plata, y por el tibio resplandor de los últimos rayos del crepúsculo.

La vaporosa figura de Clementina dibujábase aérea y fantástica entre la multitud de flores que tenia cerca de sí, para ir las colocando por su orden en las losas funerarias.

De rodillas, con las manos unidas, con los ojos elevados al cielo en actitud suplicante, murmuraban sus labios una tiernísima plegaria.

Calló un momento; luego, sintiendo en el corazon un dolor agudísimo, exclamó:

— ¡Oh, Dios mio! Voy á morir; siento el frio de la muerte circular por mis venas y conozco que mis dias están cumplidos sobre la tierra. ¡Perdon, Dios mio! no he tenido fuerzas para calmar este inmenso dolor que por espacio de dos años ha ido destruyendo mi débil naturaleza y el que me conduce á la tumba. ¡El mundo con su pompa y su grandeza fué para mí un páramo desierto!... ¡La felicidad, ay! no la encontré mi triste corazon; corri tras ella y cual una fantástica sombra se alejó de mí, dejándome únicamente el llanto, la soledad y el desconsuelo. ¡Felicidad! nombre vano en la tierra; solo existe en el cielo eterna y durable; ¡por eso mi alma la busca á través de ese límpido azul del firmamento!

Quedó un instante embebida en honda meditacion. Cuando levantó la cabeza, todas las señales de la muerte advertíanse en su pálido y demacrado rostro.

Los flotantes rizos de sus largos cabellos, tendidos por la espalda, la envolvian cual un velo fúnebre, con su diáfana y blanca túnica y la corona de mirto que adornaba sus sienes, unido á su nacarada palidez, aparecia cual una Virgen, que se despidió del mundo para penetrar en las maniobras eternas.

Sus ojos iban perdiendo el brillo que los animaba, y la languidez apoderábase por completo de aquellos miembros frios como el mármol de los sepulcros.

Sus labios, con una voz tan débil como el ténue suspiro de la brisa, pronunciaron las últimas palabras:

— ¡Oh, madre mia, murmuró lanzando su postrimer mirada!... ¿Me llamas? allá voy... Si, si, quiero habitar contigo y que me bendigas... ¡Tú tambien, hermano mio, mi querido Alberto, te sonrías y luces en tu frente una aureola de ventura que yo jamás encontré en este mundo!... ¡Ah, es la dicha eterna... es la paz del alma que refleja en tu rostro!... ¡Esperadme, ya siento desatarse los terrenos lazos que me sujetan á la vida, y mi espíritu, libre de estas ligaduras, volará al seno del Señor!... ¡Cuán feliz voy á ser á vuestro lado!... ¡Adios, Inés mia... adios, Marta; tiernas amigas, constantes testigos de mi amarga desventura, adios!... ¡No me llores; Alberto y mi madre me llaman, la esperanza me sonríe y la hermosa y pura fe que alienta mi corazon crece y se eleva hasta el trono del Señor!... ¡Adios, amigos míos... adios, auras balsámicas de la ribera... flores hermosas de mi querido valle... adios... Virgen de Villaverde, acógeme bajo tu manto de amor!... ¡Madre mia... Alberto, mi querido hermano, ya... os... sigo!...

El soplo de la muerte enmudeció su labio, sus ojos se cerraron á la luz del dia, y su inanimado cuerpo cayó sin vida sobre las flores y al pié del sepulcro de su adorada madre. El alma habia volado á las regiones eternas.

## TERCERA PARTE.

## SOR MARÍA DE LA MERCED.

## I.

## NOTICIAS DE LA CÔRTE.

Cuando el ermitaño de Villaverde terminó la lectura del manuscrito, llevaban ya ocho dias en Valle-Real Edelmira y Carlos, durante cuyo tiempo acudieron diariamente á escuchar, poseidos del mas vivo interés, la patética historia de Clementina y Alberto.

Doña Crispina y Lisa los acompañaban siempre, y la vetusta solterona advertia con sorpresa que el amor de los dos jóvenes iba en aumento, y que Carlos, lejos de proseguir sus viajes de recreo, se instaló en el palacio de Valle-Real, tomando uno de sus mas suntuosos aposentos que el censergero, único habitante de la casa, le cedió de muy buena gana.

Edelmira vivia sumamente gustosa en aquel tranquilo valle, disfrutando á sus anchas el placer de conversar á todas horas con su amante, y parodiando á Clementina, acostumbraban casi todas las mañanas ir á visitar el árbol de la esperanza.

Doña Crispina, inquieta y recelosa por la intimidad que advertia en los jóvenes, y fiel á su sistema de comunicar todas sus averiguaciones ó sospechas á la señora princesa, la escribió trasmitiéndola una parte detallada de cuanto las habia ocurrido en el viaje, su conocimiento con aquel jóven marqués y sus amores con Edelmira, pues la vetusta solterona no tenia duda alguna de la clase de relaciones que entre ellos existian.

A esta carta que el aya dirigió á Pereival para que la pusiera en manos de la princesa, no tuvo contestacion. Tambien Edelmira escribió á su mamá, participándole la felicidad que disfrutaba en aquel valle encantador, y recordándole al propio tiempo el cumplimiento de su promesa, cual era hacer que abrazase á su padre muy en breve, lo que aguardaba Edelmira con la mas viva impaciencia. Nada la manifestó de Carlos, pues este la habia prohibido revelarse á nadie su secreto.

En este estado hallábanse una mañana en que el sol, envuelto entre nubes, apareció cárdeno y rojizo. Desde

muy temprano estaban en la ribera Carlos, Edelmira y Lisa. La doncella, por orden expresa de su jóven ama, no se apartaba de su lado, presenciando siempre, aunque desde una distancia respetuosa, sus entrevistas amorosas.

— La salida del sol anuncia tempestad para esta tarde, dijo Carlos reclinándose negligentemente en el tronco del árbol.

— ¡Ay, Dios mio! lo sentiré infinito, porque me causan mucho pavor.

— Yo estaré á tu lado, ¿quieres?

— Mi único placer es que no te apartes de mí.

— Fácilmente puedes conseguirlo.

— ¿Cómo?

— Casándonos en secreto, segun mis deseos.

— ¡Oh! no; pudiera sucedernos lo que á Alberto y Clementina.

— ¡Qué locura! nuestras circunstancias son distintas, y si me amaras cual yo te amo, no tendrías inconveniente en acceder á una cosa que puede proporcionar-nos la felicidad de toda la vida.

— Y si podemos conseguirlo de otro modo obteniendo la bendicion y el consentimiento de mis padres, ¿á qué apelar á unos medios que reprueba la razon y la conveniencia?

— ¡Ah, querida mia! permite que dude de tu cariño.

— ¿Y por qué?

— Raciocinas muy bien, y el amor que calcula, no es amor, es egoísmo.

— ¿Y dudas de mí?

— Sí, dudo; pues quisiera me amases con el delirio que yo siento, con el entusiasta frenesí que no me deja reparar en obstáculos ni en inconvenientes de ninguna clase. Mi único, mi solo, mi ardiente deseo, es ser tu esposo; y si hoy no te decides á concederme tu mano, esta misma noche parto para no volver á vernos jamás.

— Yo estoy pronta á todo; pero antes quiero obtener el consentimiento de mis padres.

— ¡Imposible! tu madre ha marchado al extranjero, quizá no vuelva en muchos años; ¿y quién aguarda su regreso para que luego se le antoje negarme tu mano y nos separe para siempre?

— ¿Y en qué te fundas para creerlo así?

— En su orgullo y en la altivez de su carácter.

— Y en tí, ¿qué tiene que roprobar? eres noble, ilustre, con un titulo de nobleza y un corazon hidalgo...

— Es verdad; dijo Carlos interrumpiéndola, pero tú ignoras lo que voy á confiarte.

— ¡Habla!

— ¿Me despreciarás?

— ¡Oh! nunca; te amo demasiado.

— Pues bien, sabe que mis padres me abandonaron siendo niño.

— ¿Y no los conoces?

— No; solo sé que pertenecen á la mas alta aristocracia.

— ¿Luego el nombre que llevas?...

— Lo he adquirido con mi inteligencia y mi trabajo. La señora en cuya casa he pasado mi infancia es inmensamente rica, y desde que tuve edad para ello me asoció á sus empresas mercantiles, con lo cual he formado un gran capital, el que con mi mano y mi amor ofrezco á tus piés. Ahora que sabes la verdad desnuda, recházame si quieres, habla una palabra y me alejaré á esconder mi desventura en paises extraños ó en el fondo de los mares.

— Eso nunca! exclamó la cándida jóven, cayendo en el lazo que tan diestramente la tendia el artificioso mancebo.

— ¿Luego serás mi esposa?

— Te lo prometo, tuya, ó de Dios.

— Entonces me guardarás el secreto, evitándome la vergüenza de hacer esta confesion á tu orgullosa madre, la que no sintiendo en su pecho el amor que tú me profesas, me despreciará, sin que consigamos ser felices.

— Cuenta con mi discrecion y mi silencio.

— Permanezcan, pues, ocultas nuestras relaciones; yo dispondré lo necesario para unirnos en santo lazo, sin que nadie se aperciba de ello hasta que nuestro casamiento se haya verificado.

Las hojas de los arbustos se movieron bruscamente, dejando paso á una persona.

Era doña Crispina que habia estado escuchando, si no toda la conversacion de los amantes, lo suficiente para comprender de qué trataban, imponiéndose en su secreto.

— ¡Señorita! exclamó como si nada hubiera oido; os vengo buscando hace tiempo.

— ¿Y qué me quereis?

— Acaba de llegar un mensajero con noticias de la córte.

— Sí; ¡oh! decidme qué trae.

— Esta carta para vos.

— Dádmela.

Edelmira la abrió con precipitacion, exclamando con alegría:

— Es de mi mamá.

— ¿No ha marchado aun al extranjero? preguntó doña Crispina.

— Me dice, dijo Edelmira cerrando la carta, que habita en una casa de campo, donde aguarda recibir unos papeles importantes para emprender su viaje en seguida, y me recomienda al baron de Pereival que tendrá el gusto de ponerme esta misma tarde en los brazos de mi querido padre.

— ¡Esta tarde! murmuró Carlos con un gesto de disgusto.



Modas de Paris. — Los trajes bretones.

— Sí, ¡qué felicidad; por fin voy á tener el inmenso placer de conocerle! ¡Cuánto he suspirado por la realización de este vivo deseo de mi alma!

Embragada en los trasportes del santo goce que experimentaba, besó repetidas veces la carta, y no advirtió la expresión de odio, de refinada crueldad, que se pintó en las facciones de Carlos.

La llegada del padre de Edelmira trastornaba todos sus planes tan hábilmente dirigidos, y que ya tenía á punto de realizar. No podía presentarse á él, y si se ocultaba despertaría sospechas en Edelmira; ¿qué hacer en tan dura alternativa? Difícil era saberlo.

El miedo de ser descubierto le asaltó inmediatamente, y como toda conciencia culpable, alarmóse en alto grado, reflejándose en su hermoso rostro el receloso temor del criminal que no está avezado al crimen.

## II.

## EL PADRE Y LA HIJA.

Segun Carlos había anunciado por la mañana, la tarde se presentó tormentosa.

En la bonita y florida casa que había pertenecido á don Gil del Manzanar, todo se presentaba alegre y risueño. Edelmira, queriendo celebrar dignamente la llegada del autor de sus días, dispuso algunas fiestas campestres é hizo decorar las galerías y demás aposentos de la casa con los mejores naranjos y limoneros del jardín y con infinitas y variadísimas macetas de las mas raras y caprichosas flores.

Vistióse con interesante sencillez, y al dar las tres de la tarde, se instaló para recibirle en una de las salas bajas mas próximas á la puerta de entrada y desde cuyas ventanas se descubría la ribera y una porción inmensa de terreno.

Las paredes de este aposento estaban tapizadas de una tela persa fondo blanco con grandes ramos, iguales eran las colgaduras que cerraban el paso á los rayos del sol. El mueblaje, elegante y sencillo; empero lo que daba una frescura y lozanía encantadoras al aposento, eran las macetas de naranjos y las demás plantas odoríferas, artificiosamente diseminadas por todo él.

Edelmira se había sentado en un sillón cerca de una reja, á través de cuyos barrotes asomaban las verdes ramas de un pomposo laurel plantado en la parte de afuera, y que al propio tiempo que sombra, comunicaba en derredor un olor suave y agradable.

Doña Crispina ocupó un sitio próximo á la ventana, y dirigiendo una mirada á lo largo del camino, exclamó:

— Si tarda mucho el señor, le coge la tempestad en

el campo. ¡Oh! mirad qué nube tan densa hácia el olivar por donde indudablemente deben venir, porque no hay otro camino.

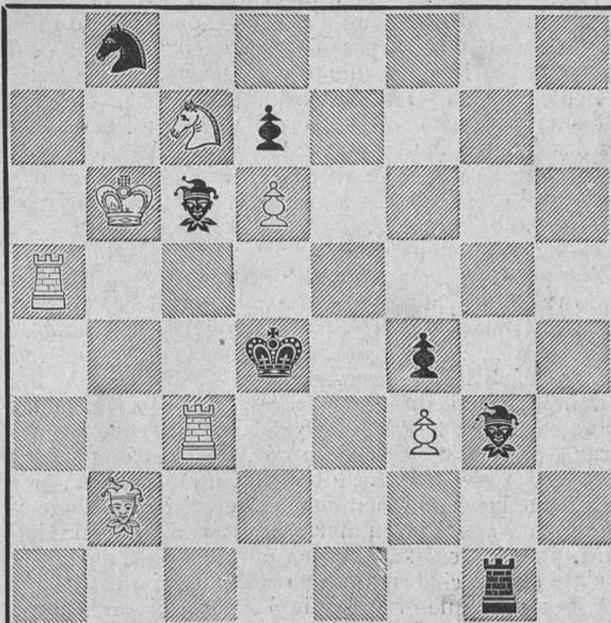
## Problemas de ajedrez.

## Solucion del número 231.

- |   |                    |          |
|---|--------------------|----------|
| 1 | C 5ª ARª           | P toma C |
| 2 | A c. Rª            | P toma T |
| 3 | A 2ª R jaque-mate. |          |

PROBLEMA NÚMERO 232, POR M. PH. KLETT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

— Con honda tristeza la contemplo hace un instante y la he visto despedir varios relámpagos.

— Sí, este calor de la atmósfera nos anuncia claramente la tormenta y no es propio de este tiempo.

— ¡Qué fatal casualidad! en el momento en que mi corazón siente una dicha tan pura, cuando voy á conocer al autor de mis días, hasta la naturaleza se presenta sombría!...

— Ya se despejará; eso no debe entristeceros.

— Sí; pero yo quisiera para celebrar mi inmensa felicidad, que todo apareciese alegre y risueño como mi alma.

— Aquí viene el señor marqués, dijo el aya cortando la conversacion.

— No ha faltado á su palabra: me prometió estar aquí para recibir á mi papá y á fin de que le presente como á un amigo, que en la noche de nuestro viaje nos salvó de un peligro inminente.

(Se continuará.)

## Modas de Paris.

## LOS TRAJES BRETONES.

Hé aquí una novedad parisiense sobre la cual vamos á decir dos palabras sin esperar á nuestra próxima revista de Modas. Todo cuanto se ve en esos trajes representados en nuestro dibujo es breton: el corte, la hechura y los adornos. El vestido de hombre se llama un *plouescat*, y sin duda así debía ser la vestidura que llevaba el jóven príncipe Arturo, tan conocido en las antiguas tradiciones de la Bretaña. Fijémonos ahora en ese *plougastel*, cuajado de finísimos bordados multicolores, con su doble hilera de botones metálicos y sus armas bretonas: la duquesa Alix, la hija de Constanza y de Guy de Thouars, llevaba uno igual el día en que Pedro de Dreux, que debía ser su esposo, la vió y se enamoró de ella. Finalmente, ese mismo *plouescat* con capucha se echó sobre sus blancos hombros la heroica Juana de Montfort la noche en que perseguida en Nantes se embarcó para ir á buscar los socorros prometidos y que no llegaban.

Pero dejando aparte la historia, la gracia y el brillo de estos trajes, hacen que hayan sido adoptados por la elegancia parisiense. Hé ahí la razon que nos ha inducido á dar á conocer por extraordinario á nuestros lectores unos vestidos que acaban de salir á luz y que inmediatamente se han puesto en boga. F.